

Arturo Vilorio

HABLAR A LAS PIEDRAS

**Hablar
a las piedras**

Hablar a las piedras

Arturo Vloria

*Parques de Estudio y Reflexión Toledo
Octubre de 2019*

Presentación

Este trabajo, *Hablar a las piedras*, es un relato sobre la reconstrucción de la ermita de Punta de Vacas, una experiencia que tuve la suerte de compartir con varios amigos.¹ Todo ese proceso de reconstrucción fue puesto en marcha, explicado y seguido muy de cerca por Silo, que estuvo pendiente de nosotros desde que llegamos a Mendoza y quizás antes, puesto que en su cabeza estaba el proyecto antes de nosotros saber que íbamos a participar de él.

Fueron tres días intensos aquellos, en los que pasé, pasamos, por distintos momentos internos, primero el triunfo, luego el fracaso, y por último el de experimentar una mirada mucho más allá de esas consideraciones y conectada con un propósito mucho más grande. Después de regresar de aquel viaje tuve una necesidad imperiosa, tenía que contar lo vivido, y tenía que intentar ser lo más fiel posible a esa experiencia.

Al releerlo descubrí que en el relato había algunas intuiciones o insinuaciones tenidas en Punta de Vacas que a menudo se olvidan, pero al escribirlas me estaban dando algunas pistas

1 (José Antonio Díaz, José Caballero, Conchi Gutiérrez, Paloma Manzano, Milagros Muñoz, José Luis Gómez-Plácito, Beatriz Elósegui, Julio Albertos, Lola Blanco, Alberto Sánchez, Patricia Killian, Orlando Sánchez, Isabel Pérez, Javier Herranz, Pachi Álvarez, Fernando Puerta y Arturo Viloría).

que se debían profundizar. Por otro lado tuve que reconocer que por muy bien descritos que estuvieran los registros de aquellos días, estaba relatando un hecho que, aunque para nosotros era muy importante, consistía en que unos amigos se juntaron hicieron un viaje y construyeron una casita de piedras y al hacerlo les pasaron cosas.

No, eso no me encajaba, para colocarlo en su verdadera magnitud había que contextualizar el lugar, el parque Punta de Vacas, lo que había sucedido allá, la función que tuvo la ermita, y, como no, a Silo. Así intenté ampliar el punto de vista del relato, espacialmente, o sea cómo es el lugar y temporalmente, que había pasado allí antes. En una narración paralela que se introduce en el primer texto, se hallan e integran algunas de las circunstancias que rodearon la construcción original de la ermita, la celebración del 4 de mayo de 1969, algunas de las cosas que se decían de Silo, la impresión de los periodistas..., tampoco lo hice de manera exhaustiva, la intención solo era que se comprendiera el significado de la pequeña construcción para gente que no tuviera ese contexto. Así fui levantando ese segundo piso.

Quedaban las intuiciones o insinuaciones acerca del tema de las piedras que yo mismo había escrito y que me llamaban fuertemente la atención. Uno era la fuerte sensación de que lo que había sucedido allí hacía tantos años había dejado una huella permanente. Y que esa señal se emitía y captaba de maneras diversas. No solo la arenga, también la propia construcción de la ermita. Todo lo sucedido allí, de alguna manera seguía pasando delante de nuestras narices. Como si el paisaje se hubiera cargado de aquellos acontecimientos y haciendo un adecuado silencio, podía llegar esa señal.

Esto es algo que creo que todos hemos experimentado en nuestros parques, en la sala, cómo gente que no tiene mucho contexto o ningún contexto capta las emociones, la energía, que se ha movido en el lugar.

Las referencias a las piedras que han visto pasar tantos acontecimientos, la traída de las piedras originales de la ermita, de manera que irradiaran a otras. Me daba unos pocos escalofríos el tema, ¿cómo se podría investigar un tema así?

La idea se me hacía difícil desde muchos ángulos, y mi propia censura era la más difícil de engañar. Pero dejándome llevar por una vena más literaria o artística, si era más posible, indagar en las inspiraciones que el contacto con ciertos lugares ofrece. En realidad, biográficamente siempre he conocido lugares que me parecieron cargados de energía y a los que siempre he vuelto porque reconocía mi adhesión al registro que ellos me producían.

Y además, este pasaje de *La Mirada Interna* es muy revelador:

«La Fuerza fue “proyectada” a otros y también a objetos particularmente “aptos” para recibirla y conservarla. Confío en que no te será difícil entender la función con que cumplieron ciertos sacramentos en distintas religiones e, igualmente, el significado de lugares sagrados y de sacerdotes supuestamente “cargados” con la Fuerza. Cuando algunos objetos fueron adorados con fe en los templos y se los rodeó de ceremonia y rito, seguramente “devolvieron” a los creyentes la energía acumulada por oración repetida. Es una limitación al conocimiento del hecho humano, el que casi siempre se haya visto estas cosas por la explicación externa según cultura, espacio, historia y tradición, cuando la experiencia interna básica es un dato esencial para entender todo esto».

Así que decidí abrir la caja de Pandora. La investigación la dirigí por dos vías complementarias. Por un lado las fuentes historiográficas sobre las piedras como recipientes de lo

sagrado. Enseguida vi que había un campo vasto, vastísimo sobre esto. Primero encontré que muchos grandes y famosos dioses de los cuales al mencionarlos nos imaginamos su representación antropomorfizada, habían empezado su carrera divina como piedras. Os dejo aquí una frase muy lapidaria de Mircea Eliade sobre las piedras: *para la conciencia religiosa arcaica, la piedra bruta evocaba la divinidad con mucha más fuerza que las esculturas de Praxíteles a sus contemporáneos*. Sorprendentemente, además, esto sucede en muchísimos sitios y en culturas que no tienen aparentemente puntos en común.

El estudio historiográfico lo combiné con visitas de campo a santuarios de diversos tipos, cuevas, abrigos, dólmenes y templos. Y por último el trabajo en el taller con la producción del fuego, y la fusión de metales fueron también muy inspiradores. En estos trabajos con las piedras, tan materiales y precursores de la Disciplina material, experimenté cómo aquellos humanos se sintieron como dioses suplantando a las leyes de la naturaleza sometiéndolas a su intención.

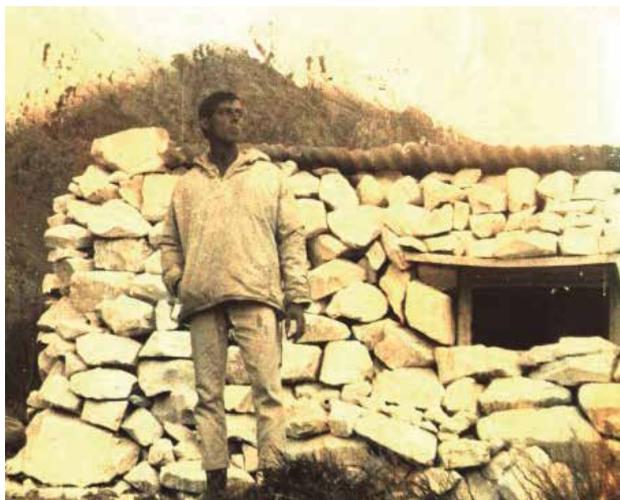


El estudio no está terminado, solo son algunas intuiciones y rastreos bibliográficos que he disfrutado mucho investigando. Pero el relato *Hablar a las piedras* sí, ya era momento de parar y ponerle un lazo.

Y al final y en el propio sistema de ideación que leí en algunos textos alquímicos, que también me aventuré por allí, las piedras son la alegoría de los seres humanos, la materia de la que venimos. Ahora recuerdo el paso 12 de la disciplina mental, *Todo es lo mismo*. Todo el universo, ser humano, planta o mineral, estrella, piedra o animal vibra animado por una misma intención evolutiva. A Silo le mandaron a hablar a las piedras, y las piedras también somos nosotros, piedras sensibles, que llevamos su huella.

El 15 de febrero [Silo] retornó al país, a Punta de Vacas, donde trabajó activamente para construir su casa: una habitación de 3,50 por 3,50 metros, con paredes de piedra de 1,30 metros, techo de chapas de cinc, con una altura de 2 metros en la parte alta y apenas 1,20 en la más baja. Allí tiene una cucheta, dos cajones, una lámpara a querosene. La casa, totalmente pintada de blanco, tiene una pequeña ventana y una puerta y es fácilmente divisable desde el camino, está a unos tres kilómetros, que une Mendoza con Santiago. No tiene libros, radio, cuadros.

*Por Carlos Castro, enviado especial
«Encuentro en los Andes con el Maestro Silo».
Publicado en 1 de enero de 1969*



Punta de Vacas, enero de 2007

Ajustamos la plancha de zinc que serviría de tejado sobre las paredes, a la vez que el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas. Se hace un silencio expectante durante dos o tres segundos. La plancha aterriza con suavidad, sin forzamientos, y corona la pequeña construcción, que queda concluida. Estallamos en gritos de alegría. Saltamos y nos abrazamos, incrédulos ante lo que habíamos hecho.

La ermita se alza orgullosa, definitivamente acabada, sobre cuatro macizos muros de piedra. Su aspecto es sólido, y también armónico. Las piedras se alinean y traban unas con otras desplegando una gama de colores en distintas combinaciones de verdes, grises, blancos y ocre. Las caras más lisas están dispuestas hacia el exterior, invitando a tocarlas. La puerta y el ventanuco, encuadrados por listones de madera comunican el interior y el exterior de la construcción. Desde la ventana se ve la blanca cumbre del volcán Tupungato, enmarcado como una pintura.

Tocamos sus texturas, la miramos desde todos los ángulos, escuchamos el susurro del viento entre sus grietas. Era notablemente mejor que lo que habíamos imaginado. Después de todas las dificultades, dudas y temores, ahí estaba. ¡Qué bella nos parece! Nos sentimos felices, mirándola como si fuera una escultura de Miguel Ángel.

Solo falta colocar algunas piedras, lo suficientemente pesadas para sujetar el tejado e impedir que se lo lleven las ráfagas de viento. En ese momento, las grandes piedras que tanto esfuerzo nos había costado transportar, se volvieron ligeras, como si la gravedad se hubiera debilitado. Nos sentimos capaces de levantarlas con una sola mano y hacerlas volar sobre nuestras cabezas hasta posarse con suavidad en el tejado.

Es el tiempo para hacer unas fotografías. Nos colocamos ordenadamente junto a la ermita, en un par de hileras, unos de pie, otros sentados, mirando al frente, al lado de la construcción. Más que una foto parece un cromo. Caras llenas de polvo adherido a la piel por efecto de las cremas protectoras para el sol y desgastadas ropas de trabajo extravagantes y coloridas.

Terminada la celebración tenemos que abandonar el lugar. Emprendemos el camino hacia la casa de los cuidadores. Mientras caminamos por el sendero que rodea el montecillo donde se ubica el Parque Punta de Vacas, me vuelvo. Una última mirada hacia las inmensas montañas que lo rodean. Allí están sus guardianes multicolores. La gran montaña púrpura, la de cristal verde, rodeada por la carretera internacional, y de frente la montaña gris que muestra el relieve de un impresionante dragón entre sus piedras, para el que sepa encontrarlo. Y más lejos, al final de la larga quebrada, el volcán Tupungato, el «mirador de las estrellas».

Enseguida llegamos a la casa del cuidador. Allí nos esperan tres personas, los encargados de las obras del Parque. Después de saludarlos comenzamos a narrar atropelladamente cómo había acabado nuestra tarea. Pero enseguida la charla se interrumpe por una llamada en el móvil de uno de ellos. Después de un breve saludo, el director de la obra transmite las novedades: «Ha quedado muy bien Negro, a tiempo», dijo. Sabemos que es Silo, que pregunta por la marcha de los trabajos. Uno de nosotros se pone al aparato y después de un breve intercambio acuerda un encuentro en Mendoza, en un par de horas.

Nos lavamos en el grifo que usan los obreros para tomar el agua para las obras. El tiempo apremia porque la noche está ya próxima. Tenemos pocos minutos para despedirnos del lugar, pero es necesario hacerlo de manera apropiada. En pequeños grupos tomamos el camino que asciende entre curvas hacia el monolito, y al llegar nos disponemos en círculo rodeando el cilindro de 9 metros de altura.

Es un lugar abierto, una pequeña elevación, cerca de la carretera internacional. Las grandes montañas de colores forman un círculo a nuestro alrededor. La luz es débil y el viento sopla en ráfagas cortas. Estamos de pié, callados y expuestos al viento y montañas. No sé por qué, tengo la sensación de que estamos siendo observados en aquel paraje tan perdido. Poco a poco hacemos silencio hasta que solo escuchamos el viento. Los diecisiete amigos de pie, separados entre nosotros a una distancia aproximada de dos metros, formamos otro círculo, concéntrico con el que forman las montañas, cuyo centro es el monolito. En él se ubica el oficiante. Nos mira a todos, nos percibe, comprueba que las condiciones son buenas. En el que le parece el momento oportuno abre un libro que lleva en una mano. Comienza a leer la ceremonia que en aquel librito se conoce como «Oficio». El sonido de su voz se escucha entrecortado y mezclado con el del viento, que impulsa sus palabras para transportarlas mucho más lejos, quien sabe a qué lugares.

El Oficio comienza con un corto recorrido por el cuerpo para aflojar las tensiones externas e internas. Después, en el interior de cada uno se abre un nuevo silencio, capaz de seguir las imágenes que propone la ceremonia.

Imagina una esfera transparente y luminosa...

[...]

percibirás ondulaciones progresivas y brotarán emociones y recuerdos positivos...

Al expandir la esfera, los límites del cuerpo se difuminan primero y luego desaparecen. La fuerza de aquel lugar circula por todos y cada uno de los que estamos allí.

... siente la fuerza y su luminosidad interna, déjala que se manifieste libremente...

Es una fuerza cósmica, impersonal y a la vez entrañable, ¿está dentro o fuera de nosotros? Aquella división que separa lo de dentro y lo de fuera ha dejado de existir. La energía circula y nos une a todos y también con el resto del universo. Con los ojos cerrados siento la presencia de los demás, aunque no de la manera como lo hago habitualmente. Siento su interior, su adentro, quizás lo que los antiguos definían como sus almas, hechas por su energía, por sus intenciones, por sus actos, que vibran en ese momento acompasadas en un mismo latido.

De energía están formados los vínculos que nos enlazan, que han crecido en estos días. Comprendo que mientras explorábamos los ángulos y las caras de las piedras para que encajaran unas con otras y las paredes fueran firmes, mientras transportábamos las piedras, habíamos sido nosotros los que encajábamos, cada uno ofreciendo su mejor aporte al conjunto. Nosotros somos también una construcción, los vínculos son intangibles, pero tan sólidos como las piedras. La fuerza circula más deprisa, y pega en las zonas superiores de mi cuerpo. Después de unos minutos, la energía se estabiliza y la vibración se entelatece...

El oficiante vuelve a hablar:

Con esta fuerza que hemos recibido concentremos la mente en el cumplimiento de aquello que necesitamos realmente.

Y el pedido se eleva de nuevo, llevado por el viento hacia las cumbres de las montañas, *pidamos paz, fuerza y alegría, para la tarea de humanizar la Tierra.*

Con el pedido el oficiante cerró la ceremonia, y todos le respondimos, «También para ti paz, fuerza y alegría». Abrimos entonces los ojos y escuchamos nuestras propias palabras extrañamente recortadas por los soplidos del viento, elevándose y rebotando entre las quebradas. Nos abrazamos con afecto.

Inmediatamente el viento arrecia con toda su fuerza y se escuchan potentes estruendos en las cumbres. Las montañas braman y nos invitan a abandonar aquel lugar.

Escuchamos el mensaje. Rápidamente bajamos a los coches, ya dispuestos para la partida. Nos despedimos con abrazos de los cuidadores del parque y de nuestro inesperado ayudante. Cuando empezamos a circular por la carretera en dirección a Mendoza ya es noche cerrada. En poco tiempo no se ve más que los faros de los camiones que suben el puerto, en dirección al paso fronterizo de Las Cuevas.

Nuestros pequeños coches se embalan en el descenso empujados por el peso de las cuatro personas que viajan en cada uno. En la gasolinera de Uspallata nos reunimos de nuevo para tomar un café rápido, y después nos separamos nuevamente. Quedamos en encontrarnos de nuevo en nuestro hotel en Mendoza. Mientras conduzco el coche en la oscuridad de la noche, recuerdo como empezó aquella historia.

¿Quién es Silo? La pregunta ya tiene respuesta. Silo es un mendocino de 31 años, llamado Mario Luis Rodríguez Cobos, que a comienzo de este año abandonó la comodidad de su hogar para refugiarse en el paraje conocido como Punta de Vacas, en plena Cordillera de los Andes, a fin de meditar sin interferencias extrañas. Antes de partir entregó su capital, las acciones que tenía en una empresa, a sus compañeros de trabajo. Hoy no es propietario de nada, salvo de las piedras con que ha construido su pequeña vivienda cerca del gigante Aconcagua. Predica la no violencia y en torno de su pensamiento se han nucleado ochenta mil jóvenes de toda América. Clama contra la injusticia, fomentada «por la violencia física, económica, racial



y religiosa». Su enseñanza no es algo terminado ni quieto. Al contrario, se está dando hoy. Es sencilla, popular, sin las complicaciones de las religiones misteriosas y las grandes filosofías.

*Por Carlos Castro, enviado especial
«Encuentro en los Andes con el “Maestro Silo”».
Publicado el 1 de enero de 1969*

El viaje

Alrededor de una larga mesa de madera de una sala charlábamos animadamente. Hombres y mujeres de distintas edades y condición social. En la amplia sala además de mesas y sillas había estanterías donde se amontonaban ordenadamente folletos, carteles, fotografías y diversa parafernalia para las actividades callejeras. La conversación giraba sobre las iniciativas que estábamos desarrollando en aquellos días mientras tomábamos un reconfortante café caliente que compensaba el frío de Madrid en noviembre. Quedaban pocas semanas para el 21 de diciembre, fecha en que cerraríamos una etapa importante, la clausura de nuestro Consejo, después de años de trabajo conjunto.

La conversación cambió de tema súbitamente. Sobre la mesa alguien propuso un tema sorprendente: ¿Por qué no aprovechar la ocasión y celebrar aquel hito con un viaje a Punta de Vacas?

La propuesta electrizó la reunión. Todos queríamos conocer el mítico lugar donde había comenzado todo, donde sucedieron aquellas exposiciones públicas que fueron para nosotros hitos, referencias poderosas, capaces de orientarnos en nuestra acción y en nuestra vida.

Enseguida nos instalamos en el entusiasmo, las imágenes bullían y las voces y ocurrencias se atropellaban unas a otras.

De vez en cuando alguna voz se hacía escuchar algunos segundos, pero pronto, otras se alzaban por encima de ella y volvía la algarabía. Una de aquellas voces consiguió que se hiciera el silencio suficiente y se abrió un espacio para que los demás escucháramos. Entonces una mujer explicó que había soñado algo, hacía pocos días. Parecía estar relacionado con aquel viaje. En su sueño aparecíamos todos en Punta de Vacas, adonde habíamos viajado para visitar a Silo y para entregarle unos aportes. Qué curiosa coincidencia, justo ahora que proyectábamos el viaje, qué sueño más oportuno.

Decidido el viaje, sería una peregrinación, que incluiría los parques de Estudio y Reflexión construidos, La Reja y Manantiales, en Argentina y Chile, y el de Punta de Vacas en construcción. Nos repartimos las tareas: comprar los pasajes, diseñar itinerarios, reservar hoteles. En pocas semanas tuvimos todo definido. Primero viajaríamos a Buenos Aires, donde participaríamos de la Asamblea Anual del Movimiento Humanista. Allí nos reuniríamos con otros compañeros de consejo y concluidas las reuniones nos acercáramos a Punta de Vacas. Si había oportunidad, saludaríamos a Silo, que andaba ocupado en la construcción del futuro Parque Punta de Vacas. Desde allí viajaríamos a Santiago y Manantiales, en Chile.

Sabíamos que las obras avanzaban, de vez en cuando llegaban fotografías de los movimientos de tierras previos al comienzo de la construcción de las edificaciones. El Parque se sufragaba con los aportes de mucha gente de todos los continentes y regiones. Poco antes de la partida, el encargado de recoger aquellos fondos nos pidió que lleváramos a Buenos Aires.

Pronto llegó la noche de la partida, en los primeros días del mes de enero, nos reunimos en el vestíbulo de salidas internacionales del Aeropuerto de Madrid Barajas. Emocionados y felices ante este viaje. No es que no estuviéramos acostumbrados a viajar. Al contrario, todos habíamos viajado a lugares

remotos en los años que trabajamos en la expansión del Nuevo Humanismo a distintos puntos de Asia, África o América Latina. Pero este viaje era diferente, otra cosa. Un regalo que nos hicimos a nosotros mismos.

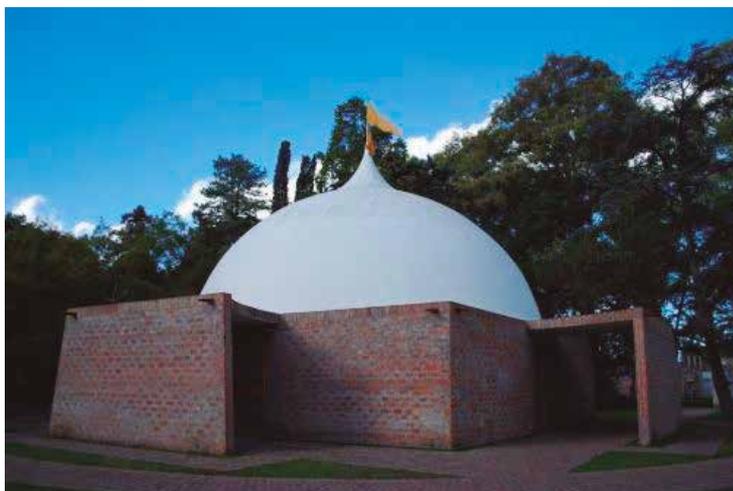
Tras 11 horas de vuelo, llegamos a Buenos Aires de madrugada. Nos dirigimos a nuestro alojamiento y después de dejar los bultos y desayunar estábamos dispuestos a disfrutar del verano austral, del calor humano y térmico de Buenos Aires. Aquella misma mañana realizamos nuestra primera visita al Parque de la Reja. Nos interesaba mucho conocer el primero de los Parques de Estudio y Reflexión, que en adelante iban a desarrollarse en todas las latitudes del mundo. Habíamos visto fotografías y vídeos, claro, conocíamos bien los elementos que lo formaban. Pero nunca habíamos estado en uno. A bordo de los taxis que contratamos para desplazarnos, atravesamos primero el centro y luego los barrios periféricos del norte de la capital, hasta salir a la ancha campiña que rodea Buenos Aires y llegar al municipio de Moreno. Un municipio muy extendido, de calles anchas y con pequeñas casas a los lados, con amplios patios y muchos árboles. En una de esas calles está el Parque la Reja. Al llegar, los coches aparcaron y descendimos de ellos justo frente al umbral que da acceso al lugar.

La forma del umbral es similar a las entradas de los templos sintoístas japoneses. Algo muy inesperado en ese paisaje tan argentino. Traspasamos la curiosa puerta e inmediatamente sentimos que entrábamos en un espacio diferente. Comprobamos que el umbral delimita dos espacios, un espacio cotidiano y denso, de donde veníamos, y otro más liviano y luminoso. Una sensación de bienestar y de protección nos envolvió al entrar y empezar a transitar los senderos del Parque. Las tensiones, las expectativas y el ruido interno que arrastrábamos y del que no éramos conscientes hasta ese momento, se aflojaron y amortiguaron. El tiempo empezó a transcurrir con más lentitud y el espacio tomó mayor profundidad. Todo se percibía

con mayor claridad, la luz, el movimiento, hasta nosotros nos sentíamos diferentes.

Un primer vistazo desde el sendero nos mostró una visión general del Parque. Había edificios, construcciones, arbolado, pero sobre todo había mucho espacio libre, vacío entre los distintos elementos. En ese amplio espacio estaban dispuestas las construcciones y los monumentos, que se unían mediante pequeños caminos que permitían diferentes recorridos. También había grandes árboles y mucha vegetación. La gente que estaba aquel día en el Parque se ocupaba en distintas actividades en un ambiente tranquilo y alegre.

La primera construcción y más impresionante es la sala de meditación. Su cúpula hemisférica destaca por su color blanco que contrasta con el intenso azul del cielo y el verde de los árboles y la vegetación. La cúpula está enmarcada en su base por un muro cuadrado de ladrillo ocre. A cada lado del cuadrado hay una entrada rectangular, velada por otro pequeño muro de ladrillo que, si bien no impide el paso al interior, crea un espacio de transición que comunica el interior y el exterior



de la sala. La planta de la sala es semejante al dibujo de algunos mandalas budistas, pero el pináculo y la bandera naranja en la parte superior de la sala le dan un aire diferente que señala una dirección hacia lo alto.

Al mirar aquella cúpula se tiende a representar la esfera completa. La conciencia, siempre tan solícita, completa la otra parte de la esfera, imaginando que la otra parte está enterrada bajo la tierra. Da la impresión de que si no estuviera esa parte bajo tierra, atrapada, saldría disparada hacia el cielo, como una nave espacial dirigida a las estrellas.

Entramos en la sala. Dentro todo es vacío. Las paredes están pintadas de blanco, sin imágenes o iconos de ningún tipo. La vista resbala por ellas buscando inútilmente alguna esquina o vértice. Pero no hay ninguno. Solo unos discretos bancos corridos en filas que se amoldan a la curva de las paredes. Poca cosa para aquel espacio vacío. Sin embargo, no es un espacio donde uno se sienta pequeño, o insignificante. El diámetro de la sala es de 12 metros. Amplio, pero de dimensiones humanas, sin la grandiosidad ni la ampulosidad de otros espacios que aparentemente cumplen la misma función.

Al comentar estas primeras impresiones percibimos que nuestras voces rebotan en las paredes de la esfera creando ecos. Los efectos se multiplicaban cuando una persona se coloca en el centro de la sala y vocaliza alguna palabra. El sonido desde este emplazamiento, situado a la misma distancia de todas las paredes rebota desde todos los puntos hacia el centro y la voz se escucha amplificada. Se experimenta un curioso sobresalto al hacer la prueba. La conciencia *sabe* que la voz sale de la garganta, se modula en la boca y se dirige hacia fuera del cuerpo en la dirección hacia donde proyectamos el aire. Pero el oído registra que el sonido viene de otras partes, como si otro hablara con nuestra voz.

Tras los juegos y experimentos, nos sentamos en los bancos. Poco a poco las voces callaron y se hizo un denso silencio.

El lugar invita a recogerse y a profundizar en uno mismo. Una reconfortante sensación de protección y paz generada por la acción de la forma de la esfera, que envuelve amablemente al que penetra en ella. Permanecemos en ese estado unos minutos. Cada uno se tomó el tiempo que quiso para disfrutar el momento y luego nos reagrupamos de nuevo en el exterior.

El paseo continuó durante un par de horas por el resto de las construcciones, la sala multiusos, la fuente, el monolito, los caminos. Era fácil llegar al Parque, estar allí, encontrar amigos, hacer nuevas relaciones, conversar y prolongar el tiempo tu estancia allí. Fue más difícil abandonarlo y retornar a la vida densa.

Mendoza, un día de abril de 1969

El general, sentado en su despacho, hablaba con tono marcial a los dos jóvenes que se habían presentado para pedir permiso para organizar un acto. En plena dictadura militar en Argentina aquello era una osadía. El general les informó que estaba prohibido absolutamente por decreto cualquier tipo de acto público. Todas las reuniones estaban prohibidas en la ciudad. Entonces, los jóvenes, que se habían mantenido en silencio, argumentaron:

—No, no, pero es una reunión que será en la montaña. —El general se sorprendió, —¿Dónde?, preguntó. —A 170 km de acá. —¿Y qué van a hacer? ¿Van a hablar ahí? —Sí, pero es una reunión en la montaña. El general les miró de nuevo y evaluó el peligro que podían tener un grupo de locos reunidos en un lugar de la cordillera. Y volvió a preguntarles: —¿Y qué lugar es ese? —Punta de Vacas. —¿Punta de Vacas?, al general le pareció que debía ser un lugar perdido en la cordillera, de difícil acceso. ¿Qué van a hacer allá? preguntó. Los jóvenes insistieron en su argumento: —Vamos a reunirnos y hablar entre amigos, ahí no puede estar prohibida la reunión. El general les miró de nuevo, definitivamente convencido de que aquella reunión no entrañaba ninguna amenaza para el orden, y casi despectivamente les despachó: —Y bueno, si quieren hablarle, háblenle a las piedras.

¿Hablar a las piedras? Qué extraña suena la frase, pero qué sugerente. Años después de vivir aquellos momentos decidí investigar acerca de esta frase. Me propuse investigar sobre la relación de las piedras con lo Sagrado y los significados que las rodeaban.

Mis primeros descubrimientos fueron alentadores: cito aquí a Tito Livio en su Historia de Roma.

Una vez que llegó el barco a la entrada de río Tiber, echándose a la mar en una nave tal como se le había mandado, recibió de manos de los sacerdotes a la diosa y la llevó a tierra. ... El pueblo, en nutrida concurrencia, llevó al Palatino presentes para la diosa, y se celebraron un lectisternio y unos juegos que fueron llamados Megalesios.²

La Diosa a la que se refiere Tito Livio era la Magna Mater Cibele, también conocida como Kybele o Kubele, la gran diosa de Oriente. Era el año 204 a.n.e. y agolpados en Ostia, miles de romanos esperaban con fervor su llegada. Una nave la transportaba desde su antiguo templo en Pessinonte, en Anatolia. Las matronas romanas recibieron a la Diosa y se fueron turnando para transportarla hasta entronizarla en el Templo de la Victoria, en el lugar más sagrado de Roma. La Sibila había profetizado que solo su poder podría cambiar la suerte de la República, amenazada por las malas cosechas y por el caudillo cartaginés Aníbal. La venida de la Diosa había sido bendecida por el Oráculo de Delfos y por el Rey de Pérgamo. No podría haber mejores augurios.

Ella era la más antigua divinidad, la que moraba en el Monte Ida de Creta y que alumbró a Zeus, que sentada en su trono era flanqueada por dos leopardos en Catal Huyuk. Señora de cuevas y montañas, del cielo y la tierra, madre de hombres y dioses, cuyo culto se remonta al Neolítico antiguo.

2 *Historia de Roma. Tito Livio.*



Moneda romana de la época de Augusto con la imagen de la diosa y un bucráneo de ciervo

No sabemos si fue por la intervención de Cibeles, pero al año siguiente Aníbal fue vencido y la cosecha fue excelente. Y con la piedra negra se instaló en Roma una nueva religión, de origen asiático y rituales místéricos.

Seguramente, dicen los astutos historiadores, no fue casual que se introdujera el culto a Cibeles en el momento en que Roma planea expandirse a Oriente y Occidente. El culto reforzaba el vínculo romano con la zona de la Troade, de donde Eneas había venido para fundar la ciudad. Se asienta un nuevo mito y un nuevo relato en Roma, en el que el Imperio se apoyará para su expansión. Y todo gracias a la divina piedra negra.

Pero aunque Cibeles llegó a Roma desde Frigia, sus orígenes son mucho más antiguos, «en su proceso de gestación se percibe claramente la asimilación del antiquísimo culto asiático, de raíces neolíticas, de una gran diosa madre emparejada con un dios de la vegetación, presente, desde el VI milenio a.n.e., en los yacimientos anatólicos de Catal Huyuk y Hacilar».³

La tradición la consideraba nacida de una roca junto a un manantial de agua, y «el nombre de Cibeles se asoció siempre al de una alta montaña. Del monte Kybéo o Kybélo, recibió su nombre más

3 La génesis de los dioses frigios: Cibeles y Atis. Pilar González Serrano Univ. Complutense.

conocido (o a la inversa), pero además se dejaría llamar *Agdistis*, *Idaea*, *Dindydeme*, *Berecyntia*, *Sipylene*, etc., nombres todos ellos derivados de los montes en los que se le rendía culto.⁴

Vaya con la piedra...

4 La investigación de Pilar González es muy reveladora: «El nombre de Kybéle en griego; Cybele en latín fue el nombre más frecuente de cuantos recibió la diosa, sobre todo desde su llegada a Grecia. Sin embargo, el más antiguo parece haber sido el de *Kubile* (*Matar Kubile*) con el que se la cita en una de las más arcaicas inscripciones frigias y, también el de cómo era llamada en Lidia, nombre fonéticamente semejante al de *Kupapa* o *Kubaba*, vocablo de raíz anatólica con el que se la cita en las fuentes escritas en cuneiforme y lengua hitita. Las raíces *Kyb* y *Kymb*, en griego, hacen alusión a algo cóncavo o redondeado: monte, seno, gruta, quilla de barco, voltereta, etc. Y aún pervive en el griego moderno en vocablos tan significativos como son gobernar y gobierno, lo que da idea de la importancia de quien fue la regidora de los destinos de hombres, animales y plantas». *Idem*.

Un par de días después, en una de aquellas tardes en las que participábamos de una reunión en el parque de La Reja, recibimos una inesperada noticia. Alguien nos comunicó que Silo nos esperaba en Mendoza para llevar a cabo un encargo muy particular: reconstruir la ermita de Punta de Vacas. La casita de piedras que originalmente construyó Silo y donde se retiró para estudiar y reflexionar antes de su primera intervención pública. Allí escribió su primer libro, *La Mirada Interna*.

Uno de los arquitectos del Parque Punta de Vacas acababa de incorporarse a la reunión recién llegado de allí, él confirmó la noticia. Aquella casita, había sido destruida y sus piedras esparcidas por los miembros de la gendarmería en la represión posterior a la primera intervención pública. Y la intención de Silo, según nos contó el arquitecto, era reconstruirla dentro de los límites del futuro parque Punta de Vacas, utilizando algunas de las piedras originales. ¿Pero a qué se debía esto?, ¿qué sabíamos nosotros de reconstruir ermitas? Pero el hombre nos tranquilizó y nos aseguró que estaría con nosotros. Todo estaba diseñado y preparado para que nos fuera sencillo. Las piedras, incluidas algunas de las originales de la primera construcción, que otros amigos habían transportado al segundo emplazamiento, nos esperaban.

Aquella noticia lo cambiaba todo, teníamos previsto continuar unos días más en Buenos Aires, pero ahora teníamos otra prioridad. Cambiamos los pasajes para volar a Mendoza lo antes posible. Y al día siguiente, a media tarde abandonamos Buenos Aires en dirección a Mendoza.

El vuelo entre Buenos Aires y Mendoza es corto, apenas una hora. El día era muy despejado y enseguida divisamos Mendoza desde el avión, en medio de una gran llanura que

alterna cultivos de vid y frutales con zonas completamente áridas. Al fondo del paisaje se veía la gran cadena montañosa de los Andes. Allí, entre aquellas cumbres estaba nuestro destino.

Después de aterrizar y recoger los equipajes nos encaminamos hacia el vestíbulo del aeropuerto de El Plumerillo. Las puertas automáticas del vestíbulo se abrieron y al primer vistazo encontramos a Silo aguardando nuestra llegada. Estaba solo, de pie, sonriente, vestido con ropa de verano oscura. Nos saludó a cada uno ceremoniosamente y enseguida empezó a ocuparse de los detalles prácticos de nuestro viaje. Preguntó por nuestro alojamiento, y si habíamos previsto el tema del transporte mientras estuviéramos por allí. Nos recomendó el tipo de vehículo que más nos convenía y nos acompañó a alquilar los coches que necesitábamos en una de las agencias del aeropuerto. Resueltos estos temas nos invitó a cenar en su casa después de acompañarnos a dejar los equipajes en nuestro hotel.

Era ya de noche cuando llegamos a su casa, una casa en un pueblecito cercano a la ciudad, llamado Chacras de Coria. Entramos por un portón a un patio no muy grande donde había dos pequeñas casas. De una de ellas salió Ana Luisa, su pareja, que nos saludó y dio la bienvenida. De allí sacaron algunas mesas y sillas que dispusimos entre todos como una mesa corrida donde pudimos acomodarnos todos para cenar. La cálida acogida, la temperatura agradable y el ambiente familiar hicieron sentirnos muy a gusto, y en cinco minutos llegó la cena, pizzas y empanadas, todo delicioso. Entre bocado y bocado, nuestro anfitrión nos amenizó con divertidas anécdotas de cuando hizo su primera exposición pública en 1969. Entre risas, nos contó que cuando los gendarmes quisieron detenerlo después de aquella intervención, bloquearon la carretera en los dos sentidos, pero no tuvieron en cuenta el tren, y él, tranquilamente, se fue caminando hasta la estación a esperar al primer tren que pasara y así pudo librarse de ser

detenido. Muchos años después, pasada la represión, todavía uno de aquellos gendarmes no entendía cómo había podido escapar y le preguntó cómo fue posible.

En la actualidad la única forma de acceso a la zona es la carretera internacional Mendoza-Santiago, pero existe todavía la vía de tren que discurre casi paralela a la carretera y que en 1969 estaba activa y tenía una pequeña estación en Punta de Vacas.

Después de la cena nos tocó a nosotros relatar el sueño que parecía haber sido una premonición del momento que estábamos viviendo. Silo preguntó algunos detalles sobre el sueño, ¿y en el sueño, alguien le entregaba el aporte de todos o cada uno hacía entrega del que llevaba? La protagonista del sueño le respondió que cada uno le entregaba una parte. Entonces propuso que lo hiciéramos así. Cada uno se fue levantando de su silla y dejó el sobre con el aporte que transportaba en la mesa justo delante de donde él estaba. Así sucedió hasta 17 veces, —Muy bien, ¿y era así entonces? —Sí, Negro, respondió la soñadora— solo falta un detalle: en el sueño tú me dabas un abrazo. Silo se levantó de la silla, se acercó a ella y se dieron un cálido abrazo. Todos nos reímos con ganas, porque, en todas las veces que nos había narrado el sueño, que habían sido varias, no había dicho nada de ese detalle.

Sobre la construcción de la ermita no nos dio muchos detalles, solo que teníamos todo preparado para empezar. Algunos amigos se habían ocupado de dibujar en el suelo el perímetro de la futura construcción para que supiéramos las dimensiones y el emplazamiento exacto. También habían transportado hasta ese lugar algunas de las piedras de la ermita original y estaban mezcladas con las demás, de manera que las piedras originales irradiaran a las nuevas y se *cargaran* con su *energía*.

Un día, mientras conversaba con uno de los amigos que estuvieron en la cena, me hizo ver este detalle de que unas piedras cargaran a otras. Un tema al que yo no había considerado en serio. Recordé este párrafo de La mirada interna que podría aplicarse en este caso.

La Fuerza fue “proyectada” a otros y también a objetos particularmente “aptos” para recibirla y conservarla. Confío en que no te será difícil entender la función con que cumplieron ciertos sacramentos en distintas religiones e, igualmente, el significado de lugares sagrados y de sacerdotes supuestamente “cargados” con la Fuerza. Cuando algunos objetos fueron adorados con fe en los templos y se los rodeó de ceremonia y rito, seguramente “devolvieron” a los creyentes la energía acumulada por oración repetida. Es una limitación al conocimiento del hecho humano, el que casi siempre se haya visto estas cosas por la explicación externa según cultura, espacio, historia y tradición, cuando la experiencia interna básica es un dato esencial para entender todo esto.⁵

¿Entonces las piedras serían receptoras de energía o de la fuerza? ¿Cómo será esto posible? La geología, la física y la química describen sus propiedades, su estructura y génesis, o su utilidad. Pero hunden sus raíces más profundas en las prácticas de los alquimistas, que consideraban que las piedras son seres vivos y en evolución, que intentaban acelerar hasta llegar a la piedra filosofal.

5 La mirada interna. Silo



Visitando el Museo Geominero de Madrid y contemplando fabulosas geodas y extrañas formaciones minerales que asemejan a naturalezas vegetales en crecimiento entendí algo esta creencia, a pesar de mi formación aristotélica y su clasificación del universo en compartimentos estancos: mineral, vegetal y animal.

Si pudiéramos retroceder en el tiempo y eliminar todo lo que sabemos de las piedras, ¿Que significarían para nosotros? ¿Qué sentirían aquellos hombres y mujeres en las épocas prehistóricas?

Hice un intento. Camino por un valle lleno de vegetación, los pies buscan un asiento seguro entre los matorrales y las hierbas, no sé bien de que está formado el suelo debajo de mí, a veces blando y otras más duro, a veces húmedo y otras seco. Encuentro un lugar donde aflora a la superficie una masa rocosa. Me acerco y me coloco encima de ella. Puedo sentarme cómodamente. La radiación solar la ha calentado y mi cuerpo recibe con agrado el aporte térmico. Siento su dureza, su solidez, su textura. Mi cuerpo al contacto con la piedra parece integrar alguna de sus características y se siente más seguro.

Me pongo de pie sobre la masa rocosa y observo el paisaje, con una sensación de dominio que antes de estar sobre ella no tenía. Su resistencia y seguridad me la transmite el tacto de mis pies y las manos, pero también la experimento a través de la vista, de su color, de su forma. Siento esa fortaleza afuera pero también adentro de

mí. Incluso empiezo a sentir que no quiero moverme, mi cuerpo se va haciendo un poco hierático.

Pero hay algo más, también siento en la roca algo amenazador. Si resbalo y me caigo el impacto podría dañarme, mis músculos y huesos son blandos y sus aristas los traspasarían. Sin embargo, a pesar de esa latente amenaza, en conjunto la sensación que transmiten me gusta. ¿Quién no se ha subido a una piedra y no ha lanzado un grito al sentirse el rey de la colina?

Inmutabilidad, invulnerabilidad, eternidad, permanencia, solidez. Las piedras parecen pertenecer a otro mundo, el ciclo temporal al que nos referimos los humanos y los seres vivos en general es demasiado corto para ellas. Nada cambia en el reino mineral en el fugaz transcurso de una vida humana ni en la de varias generaciones. En un mundo cambiante, donde se suceden las estaciones y los ciclos en constante movimiento, el nacimiento y la muerte, las piedras muestran una naturaleza que no cambia al ritmo de los demás fenómenos. Las piedras son.

Pero además las piedras tienen otra característica muy importante. Son capaces de acumular gran cantidad de calor y por tanto de energía. He sentido esa propiedad al contacto con la piedra que se ha calentado con el sol y libera lentamente calor. Esa capacidad fue observada y utilizada por nuestros ancestros, para calentar el agua o la comida, o combatir el frío para trabajar la madera o el hueso. Y además las piedras tenían fuego adentro, si se sabía cómo sacarlo.

Esa propiedad jugó su papel en la producción del fuego. Y sabemos que la producción del fuego supuso una experiencia que cambió la conciencia humana de manera determinante. Así nacieron las piedras de fuego, capaces de generar la chispa necesaria para la producción, y en los mitos, se señala con la obtención del fuego un nuevo período que lo diferencia de la oscuridad anterior.

Mantenerlo vivo era la tarea de mayor responsabilidad de la que dependía la supervivencia del clan o de la tribu. La observación del fuego, sus fases, la manera de alimentarlo, la reacción de los distintos materiales al contacto con él, fue materia de estudio

durante cientos de miles de años. Hasta que comprendieron que el fuego estaba también dentro de la madera y de algunas piedras, y aprendieron a producirlo. Parece bastante probable que el fuego fuera elemento central de la espiritualidad del Paleolítico, y las piedras que lo tenían dentro participaran de su importancia.

Si conseguimos una piedra de sílex y otra de pirita, un poco de yesca y comenzamos a golpearlas y perseveramos en el intento, podemos recrear esa experiencia de la producción de fuego. Es posible que aspiremos mucho humo del hongo yesquero o del hinojo que elijamos para proteger la chispa y alentarla, y veamos como las chispas calientes descienden lentamente describiendo inverosímiles vuelos hasta aterrizar en la aterciopelada superficie. Puede que veamos con mucho júbilo que la chispa prende en alguno de los pelillos vegetales y entonces, con delicados soplidos la brasa respira, y crece y mengua al ritmo de un latido. Una vez que la brasa se hace fuerte la acercamos a la paja seca que hemos preparado y el humo que anuncia la llama empezará a elevarse. Soplamos y soplamos ya con más fuerza y de pronto se produce la explosión. El fuego ha nacido, como un ser vivo al que hay que alimentar y cuidar.

Parece bastante probable que el fuego fuera el elemento central de la espiritualidad del Paleolítico, y las piedras que lo tenían dentro participarían de esta propiedad. La piedra con la que hiciste la chispa queda impregnada de ese nacimiento y la relación con ella se hace especial, es el bien máspreciado, asociada como está a ese hecho extraordinario. Son las piedras de fuego.

La primera vez que pude encender la yesca con la chispa extraída de la pirita me sentí como un dios. Me dolían los brazos después de un par de horas de chocar las piedras y había aspirado el humo del hongo de manera que no me quitaba el olor del olfato. Fui a dormir exhausto pero contentísimo, feliz de haber conseguido reproducir el hito prehistórico más determinante. Al cerrar los ojos solo veía aquellas chispas divinas que caían de lo alto y describían extrañas elipses dentro de mi cabeza, curioso, venían de lo alto...

Continuamos un rato conversando sobre los detalles de la construcción; preguntamos por la altura de las paredes, y nos dijo que los muros debían ser de dos alturas distintas por el desnivel del terreno. La más baja la que daba a la ladera, de 160 cm, y la más alta, la que daba al valle, de 180 cm. Nos propuso como referencia las alturas de dos de nosotros, que más o menos medían lo que deberían medir las paredes. Luego nos advirtió que la clave para que los muros tuvieran solidez y no se derrumbaran consistía en buscar las piedras que encajaran entre sí, en encontrar el punto en que calzan bien unas con otras.

Después la conversación se centró en las Jornadas que se celebrarían en mayo de ese año. En esa fecha el Parque tendría que estar preparado para acoger a miles de personas de todas las partes del mundo. En apenas cinco meses deberían estar listas todas las construcciones, los saneamientos, las instalaciones eléctricas, los caminos, y un sinfín de detalles. Era un gran reto, al que se añadía la incertidumbre por la climatología. En mayo es ya casi el invierno por estas latitudes, y en el Parque, a casi tres mil metros de altura, podría nevar y quedar su acceso cerrado. Las Jornadas, de tres días de duración, iban a tener un título y un contenido relacionado con la inspiración y la espiritualidad y constituirían la inauguración del Parque Punta de Vacas. Insistió mucho en varios puntos. El primero era el de dar a las Jornadas un carácter netamente espiritual, y subrayarlo públicamente. Esto chocaba con el escepticismo y pragmatismo de los medios y de los bienpensantes oficiales. Lo llevaba hasta sus últimas consecuencias cuando argumentaba que si aparecían opiniones que desalentaran a la participación sería una ventaja, porque nos ahorraríamos la participación de *viejas*

atemorizadas. El otro punto era la incertidumbre respecto a la climatología y la logística durante las Jornadas. Entraba dentro de lo probable una nevada que incomunicara el Parque y podría ser imposible su acceso. También podría sobrepasarse el número de plazas en los hostales y hoteles de los alrededores. No estábamos en condiciones de asegurar a la gente un alojamiento y una climatología aceptables. Nos pareció que más que animar a la participación en las Jornadas, esos dos puntos eran resistencias que la hacían más difícil. Cuando una de las viajeras le replicó que siempre que él había organizado algún acto público en Punta de Vacas había acompañado el buen tiempo, se puso muy serio. —No lo pienses así. Hemos tenido suerte en tres ocasiones, pero no significa que siempre van a darse esas condiciones—. Quedó muy claro que el que quisiera participar de las Jornadas lo haría asumiendo todos los riesgos.

La conversación se cerró con esas consideraciones. Había sido una cena magnífica, atendida hasta el último detalle por un exquisito anfitrión. Nos levantamos, nos despedimos de Ana Luisa y atravesamos el jardín y la puerta de la casa en dirección a nuestros coches. Silo nos acompañó. Ya instalados en nuestros coches y con los motores en marcha vimos que nos hablaba nuevamente. Abrimos las ventanas de los coches para escucharlo. Inclino la cabeza, se acercó a la ventanilla y nos preguntó si nos apetecía un helado para cerrar la cena.

Claro que sí, nos apetecía, y más en su compañía. Le seguimos de nuevo en los coches hasta una heladería en el centro de Chacras de Coria. Al llegar nos sentamos en una amplia terraza desde donde se podían ver las luces de las casitas en la cordillera. Seguimos la conversación un rato más. Luego nos despedimos de nuevo, esta vez definitivamente, citándonos temprano, al día siguiente, para viajar al mítico lugar.

Narración de los acontecimientos sucedidos en Punta de Vacas un día de abril de 1969

Ese día (15 días antes del 4 de mayo de 1969) yo estaba muy tranquilo allá arriba (en la ermita). Era temprano, iba saliendo el sol. Miré hacia abajo, hacia el río y vi unos puntitos, muchos puntitos. Y después, que los puntitos se mueven. No eran zorros. Y conté, 72 puntitos. 72 puntitos. Y cuando ya estaban cerca vi que venían con ametralladoras. Sí, así fue la cosa... 72 puntitos con ametralladoras...

Al llegar a la ermita el jefe de ellos me dijo –Buenos días. –Buenos días, le respondo, y él continúa, arriba las manos, tiene que acompañarnos. –¿Cómo que tiene que acompañarnos? –Tiene que acompañarnos. Bueno, y para colmo de males porque uno intuye que va a haber problemas, no es que uno sea un provocador, pero más o menos, dije –un momentito, y saqué un papel de la mochila. –Éste es el título de propiedad. Y era. Porque había un viejo que era dueño de 20000 hectáreas detrás del río. Eso viene de la época de los españoles que van pasando los títulos de propiedad de los bisabuelos a los abuelos, a los hijos, a los nietos. Y supimos que ese señor tenía ese lugar y le dijimos: Alquílenos este lugarcito de 100 metros por 100 metros. Y al viejo le hizo tanta gracia y demás, que dijo: –Bueno, bueno, denme unas monedas. Era un alquiler por 99 años. 99 años. Un alquiler simbólico. Total ese viejo tenía 20000 hectáreas. Le hizo gracia. –¿Para qué quiere eso?, me preguntó. –Para ir ahí a hacer una casita.

–No, ustedes pueden ir cuando quieran, hagan lo que quieran. –Bueno, pero tiene que firmarnos una cosa. Tenemos que tener constancia de que nos lo ha alquilado. El tipo era muy gracioso. Tenía muchas cosas y no le daba importancia a este terreno, así que insistimos: No, no, no, no. Necesitamos hacer una escritura, un contrato de alquiler. –Bueno, un contrato de alquiler. ¿Qué me van a pagar por eso? –No importa. Si el asunto es tener el contrato de alquiler. –Bueno, tráiganme unas monedas. Entonces, le pusimos las monedas en esa cosita de madera. Se la llevamos. El viejo firmó el contrato de alquiler. Y yo tenía el contrato de alquiler. Hice 10 copias. Pensaba que iba a haber lío. Cuando llegaron esos gendarmes, –Buen día, arriba las manos, les dije: –Un momentito. Abrí la mochila y les mostré el contrato: –Están en propiedad privada. A semejantes monstruos. –¡Propiedad privada!, dijeron. –Arriba las manos. Vaya. ¡Propiedad privada!. Pero yo cumplía siempre las formas. Uno es obediente. Entonces uno cumple las formas. Y ellos hacen desastres. El que cumple es uno. No nos importa, no. Así están las cosas.

Así que empezamos a bajar. Los 72 y uno. Cruzamos el río. Había poca agua por ese lugar y llegamos del otro lado del río, donde ya hay caminos a Punta de Vacas. Y ahí estaban estacionados los camiones y las motos de ellos. La situación fue muy ridícula. Un camión, el primer camión, lleno de gendarmes. Motos de gendarmes adelante, motos atrás y en el segundo camión, yo solo. Es que no se puede creer. El lugar, son cosas del lugar, la falta de oxígeno... Entonces estaba el que manejaba, el que acompañaba, el acompañante del que manejaba,

dos gendarmes y la caja del camión vacía. Iba yo. Y los otros llenos de gendarmes con ametralladoras y cosas adelante. Y ahí íbamos en procesión hasta gendarmería que es el lugar, la cueva de ellos, pasando por el pueblo de Punta de Vacas. Todos los viejos del pueblo habían salido a ver el espectáculo y yo iba saludando desde la parte de atrás del camión y los veía, de este lado gente, de este otro lado más gente. Y los viejos miraban. Muy bien. Llegamos a gendarmería. Bajan ellos de los camiones. –Baje. Bajo. –Siéntese. Me siento. Rodeado. Se podrían haber matado entre ellos. –Espere ahí. Y bueno. No me queda otra. Como a la media hora que estaba ahí, con todos alrededor, viene uno caminando marcialmente toc, toc, toc. –El comandante lo espera. –Bueno, dije. Me pusieron unos delante y otros atrás y yo en el medio caminando a ver al comandante. –Señor comandante traemos al delincuente. –Sí. Muy bien, retírense. Una mesa larga. Al otro lado de la mesa el comandante. Bondadoso ancianito. –Mucho gusto en conocerle, quisiera que me hiciera el honor de almorzar conmigo. –¡¡¡No!!!, ¿Quiere almorzar?, almuerzo. ¿Quieren que baje?, bajo. ¿Quieren que suba?, subo. Lo que me pidan. ¿Cómo no? Y ahí estábamos, él en una punta de la mesa, yo en la otra. Entonces vienen los esbirros sirviendo comida y empieza la comida. Él y yo. Él comía allá y yo acá. Él no decía nada. Yo no decía nada. Obediente. Siempre obediente. Pasaba un plato, pasaba otro plato. Pusieron unas frutas. Todo bien. Y así iba terminando este asunto. Y no pasaba nada. Así que de pronto tiró los cubiertos sobre los platos. Había pasado el tiempo y él no encontraba palabras para hablar del asunto y

se decidió a tirarse al agua fría. —Bueno, dijo. —Bueno, respondí yo. Uno siempre obedece. Y entonces empezó la parte más surrealista de esta historia. El señor comandante dijo: —He sabido, he sabido, me he enterado, he sabido que va a haber un acto acá, una reunión. Bien, muy bien. ¿Y cuánta gente va a venir? —Y serán 50 personas, 100 personas le respondí. —No, no, no, no. La información que tenemos es que van a venir 80000 personas. Yo dije: —¿cómo van a venir...? Pero él me interrumpió. —Sí, van a venir 80000 el problema es éste, si vienen 80000 personas voy a tener que detenerlos. Y claro, no puede haber reuniones, si están gobernando los militares, reuniones no. —¿Pero cómo van a venir 80.000? —Si vienen 80000 voy a tener que detenerlos. Y si los detengo ¿qué les doy de comer? ¿qué les doy de comer? El hombre deliraba y daba vueltas repitiendo: —¿pero qué les doy de comer? Así que finalmente le tranquilicé: —No se preocupe comandante. No va a haber problemas. Seremos 50 personas. Así fue en realidad, no llegaron a 200 personas. No hubo 80000. Pero ellos sí que llenaron los caminos de nidos de ametralladoras. Cortaron el paso a Chile. Que no llegara gente de allá. Que no llegara gente de Mendoza. Era muy raro todo. Muy loco, muy loco. Muy novelesco todo, de ciencia ficción. Raro. —Si los detengo ¿qué les doy de comer? Así que andaba hecho un oso dando vueltas ahí, metido en su espiral mental. —¿Qué les doy de comer? —Bueno, usted verá comandante qué hace. Yo el 4 de mayo voy a estar ahí. —Tendremos que tomar medidas. Pero se fue aplacando. —He tenido un gran honor en almorzar con usted. —Muy bien, comandante. Nos saludamos. —Mucho

gusto comandante. Entonces salí. Ni tuvieron la delicadeza de llevarme en camión luego. Me tuve que ir caminando. Entré con un despelote y me fui caminando. Plin, plin, plin. Pasaba por Punta de Vacas y los viejos miraban. No se oía nada. Toc, toc, toc. Y el viento shht, shht. Toc, toc. Como cuando caminaba por las noches por ahí, cuando bajaba al pueblito de Punta de Vacas de noche, toc, toc. Y los viejos cerraban las ventanas. Muy gracioso. 15 días después se armó el despelote. El despelote que hicieron ellos. Si no llegaron ni 200 personas. ¿A qué iban a llegar 80000 personas? Mira que pre-cognitivo. Pero se equivocó de tiempo. Eso no va a pasar este 4 de mayo. Eso va a pasar... Pero no dije nada. Usted se ha adelantado comandante. Usted maneja el tiempo de un modo raro.

(Extraído de una charla de Silo con amigos italianos en Santiago de Chile, diciembre de 2006).



A la hora convenida, por la mañana temprano, salimos del hotel formando una caravana sobre ruedas. Nosotros en nuestros cuatro coches y Silo en el suyo, con uno de nosotros como copiloto y acompañante. Estábamos nerviosos e impacientes, el día había llegado, conoceríamos el lugar al que siempre quisimos ir. Puede que la impaciencia también anidara en nuestro guía y anfitrión, porque al salir a comprar tabaco le habíamos encontrado tomando café, antes de la hora, en una terraza cercana al hotel.

Mientras circulábamos por la ciudad uno de los coches se despistó en el tráfico mendocino y nos detuvimos unos minutos para esperar que nos encontrara de nuevo. Nos reunimos de nuevo y al fin salimos de Mendoza en dirección a la cordillera. Era un día de verano austral y el sol brillaba con fuerza en un cielo azul sin nubes.

Había poco tráfico en las autovías y Silo conducía bastante deprisa. Desde detrás le veíamos manejando el volante mientras hablaba animadamente con su copiloto. La conversación parecía ir *in crescendo*, especialmente por parte de Silo, que gesticulaba con las manos, con los brazos, con la cabeza y con todo el cuerpo. En contraste, la postura de nuestro amigo se mantenía inmóvil, casi hierática, con la cabeza mirando al frente, hacia la carretera, intuíamos que para hacer presión para que el coche no se saliera de ella. Sí, posiblemente nuestro amigo iba un poco sobresaltado ante la excesiva soltura del conductor.

Repentinamente Silo giró el volante a la derecha y comenzó a circular por el arcén de la autovía. Inmediatamente nos alarmamos y desaceleramos la velocidad. Sin duda el giro era una señal de que habríamos de desviarnos a la derecha de inmediato o de que pararíamos para resolver alguna avería o

algún contratiempo urgente. Los cuatro coches abandonamos la carretera para circular por el arcén. Pero Silo giró de nuevo, esta vez a la izquierda, y volvió a incorporarse a la autovía. La maniobra nos descolocó por completo. ¿Qué significaba ese extraño movimiento? No sabíamos, pero desde ese momento agudizamos la atención para anticiparnos lo más posible a esas maniobras, y sincronizamos al máximo las velocidades y los giros de nuestros vehículos con el de nuestro guía.

Mientras, en el coche de delante continuaba la misma dinámica, la charla animada del conductor y la inmovilidad del acompañante, que apenas asentía con la cabeza de vez en cuando. Seguíamos sus movimientos con la máxima precisión que pudimos, intentando no ser sorprendidos de nuevo. Así se sucedieron los giros y aceleraciones en la ruta: ¡Cambio de carril a la izquierda!, ¡todos para allá! ¡Aceleración para adelantar a un camión!, ¡todos a la misma velocidad!, ¡no había que perder el contacto visual! ¡Nuevo paseo por el arcén derecho!, ¡atentos todos al giro! La figura, vista desde afuera se asemejaba a la de un gusano de varios anillos unidos por cordones invisibles, o a aquel viejo juego infantil en el que los niños juegan a repetir exactamente los movimientos del director del juego, que les obliga a repetir sus acciones, a veces intencionadamente cómicas o absurdas.

Cuando más adelante preguntamos al copiloto sobre aquella extraña conducción, solo nos pudo decir que iba contando todo tipo de anécdotas y chascarrillos. Y que es típico de Mendoza conducir de ésa manera tan despreocupada.

Los autobuses se citaron para la salida de Mendoza de mañana muy temprano. De distintas ciudades argentinas y también de otros países de Sudamérica, los pasajeros se dividían en dos grupos. Los que conocían a Silo y habían participado en la organización del evento, y los curiosos, que no habían podido resistirse a asistir a un evento que había despertado tanta expectativa. Toda la ciudad parecía haberse polarizado a favor o en contra de aquel hombre. Pintadas, carteles, artículos de prensa y sobre todo rumores. Rumores de lo más extraordinarios. Algo sin duda iba a suceder en aquel lugar que hasta ese día solo era conocido por unos pocos arrieros o por los montañeros que frecuentaban la zona.

3ra
de
La hora

SANTIAGO DE CHILE,
JUEVES 4 DE MAYO DE 1967
N.º 7.169 AÑO XIX

PRECIO EN TODO CHILE:
SEMANA: E\$ 0,60
DOMINGO: E\$ 0,30

EL DIARIO QUE LLEGA
A TODOS LOS HOGARES

Dice chileno que lo vió

**SILO
NO ES
UN LOCO**

Mircea Eliade dedica un capítulo a las piedras sagradas en su Tratado de Historia de las Religiones. Concluye con una frase muy lapidaria: Para la conciencia religiosa arcaica, la piedra bruta evocaba la divinidad con mucha más fuerza que las esculturas de Praxíteles a sus contemporáneos.⁶

Sobre la naturaleza de las piedras señala su ser permanente, su modo de ser absoluto, que deslumbra, aterriza o amenaza. Las piedras son. Pertenecen a otro mundo, a otro tiempo. Aunque para este autor, su sacralidad no se debe a la piedra en sí, sino a lo que representa o al lugar de donde viene. En las tumbas neolíticas, los menhires protegen de los peligros a los vivos porque en ellos subsiste el alma de los difuntos. El alma habita la piedra y la convierte en benéfica. La creencia en piedras fertilizadoras aún perdura en zonas de Europa. Eliade repasa las propiedades de algunas piedras sagradas: las piedras de lluvia, que pueden hacer llover por su origen meteórico, las piedras horadadas que se usan para propiciar un renacimiento de tipo solar, o las piedras de rayo que se creía habían sido perseguidas por un rayo en su caída. Entre estas destaca la Kaaba y la piedra negra de Pessinunte, que ya conocemos y que revela a la Gran Diosa.

La Kaaba, además, al horadar el cielo en su caída generó un axis mundi o centro del mundo, que conecta cielo, tierra e inframundo. Es el caso de la escalera de Jacob o el del santuario de Delfos, cuyo centro u omphalos (ombligo), según Pausanias era una piedra blanca que se consideraba ubicada en el centro de la tierra y por ella podía acceder a los distintos planos cósmicos, cielo o infierno. En Irlanda, la Lia Fail, reconocía al que podía reinar sobre la tierra. La lista es mucho más amplia y no solo en Europa, también en Asia y África.

6 *Tratado de Historia de las Religiones. Mircea Eliade.*

Dioses y Diosas que conocemos empezaron su milenario recorrido en forma de piedras: Hermes deriva de los «hermoi», que eran unas piedras sin labrar que se colocaban en los caminos y protegían a los viajeros, Apolo era una columna de piedra, el templo de Júpiter más antiguo en Roma era el de Júpiter Lapis, (Lapis=piedra)

En la zona del Sinaí y del desierto del Néguev, en la actualidad dentro del estado de Israel, encontramos asentamientos humanos del Neolítico muy antiguos. La cultura Natufiense se remonta 14 milenios a.n.e. En esta zona se desarrolló un potente fenómeno de sacralización de las piedras, los massebah o masseboth en plural, palabra hebrea que se traduce como pilar, piedra de pie o menhir. Son piedras en bruto, sin formas trabajadas, colocadas verticalmente en el suelo, con una altura que va desde unos pocos centímetros a varios metros. Suelen estar orientadas al este, rodeados de una círculo de piedras y tener cerca un altar y algún tipo de base.

El más antiguo pilar corresponde a la mencionada cultura Natufiense, en el yacimiento de Rosh Zin, en Palestina, del X milenio a.n.e, aunque la mayoría de ellos corresponden al VI milenio a.n.e.

Avner⁷ contabiliza 142 sitios documentados de masseboth. Se ubican junto a tumbas tumulares, santuarios al aire libre o templos de otros tipos. Lo habitual es encontrarlos aislados o en grupos de



7 Uzi Avner. *Sacred stones in the desert*. Biblical Archeology Review (2001) 30-41.

dos y tres, aunque a veces aparecen en grupos de cinco, o siete o nueve piedras.

Las fuentes históricas se refieren a la sacralización de las piedras que se produjo en esta zona y la función con la que cumplieron:

La historia de Aqhat o Dan-El, una de las epopeyas cananea-semíticas de Ugarit, datada en el siglo XV a.n.e., describe la importancia de las piedras para contener a los espíritus de los ancestros. En esta epopeya, Dan-el pide a Baal que le dé un hijo que levante su cipo votivo que le libere del inframundo polvoriento de la cosmogonía cananea.⁸

En la Biblia las referencias a los massebah o betilos (literalmente betilo significa casa de dios, Bet-El) son muy abundantes. Quizás la referencia de la Biblia más conocida sea la del massebah que Jacob erigió en Beit-el.⁹

La estela II de Sefira, hallada cerca de Alepo, es un tratado entre los reyes de Arpad y Siria del siglo VIII a.n.e. inscrito en un massebah. En el texto se refiere a las piedras como casas de Dios, con las palabras arameas bty 'lhy, que parecen tener el mismo sentido que las del Génesis 28.22.

8 «Que erija la estela de tu dios familiar, en el santuario el cipo votivo de tu gente; que de la 'tierra' libere tu espíritu, del 'polvo' proteja tus restos, que cierre las mandíbulas de tus detractores, expulse al que te haga algo; que te tome por la mano en tu embriaguez, cargue contigo cuando estés harto de vino; que consuma tu ración en el templo de Baal, y tu porción en el santuario de El; que revoque tu tejado cuando se forme barro, lave tus vestidos cuando se ensucien».

9 «16 Y despertó Jacob de su sueño y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. 17 Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. 18 Y levantóse Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella. 19 Y llamó el nombre de aquel lugar Beth-el, bien que Luz era el nombre de la ciudad primero. 20 E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, 21 Y si tornare en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios, 22 Y esta piedra que he puesto por título, será casa de Dios: y de todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti». Biblia Reina Valera.

Uzi Avner plantea en su artículo que la forma, tamaño y disposición de las piedras son los precedentes de la iconografía de las esculturas de los dioses y diosas que vamos a encontrar milenios después en distintos lugares. Por ejemplo, la disposición de dos piedras juntas, una más alta y delgada a la derecha y otra más baja y ancha a la izquierda, es una disposición similar a la que encontramos en las representaciones cananeas, egipcias o micénicas, de un dios y una diosa juntos. Lo mismo sucede con la disposición de una piedra central flanqueada por otras dos más pequeñas, los grupos de tres massebah que encontramos en el cuarto o quinto milenio antes de nuestra era son, para Azner, versiones primigenias de una diosa junto a dos jóvenes dioses a los que protege. En todo el área de Canaán, Creta, Micenas, y Siria, encontramos este tipo de grupo.

Sin embargo algunos pueblos, especialmente los que tienen fuertes raíces en el desierto del Négev y Sinaí, como los israelíes, árabes o nabateos mantuvieron lo que Azner denomina un aniconismo programático, que consideraba una profanación trabajar las piedras para representar formas humanas o animales en los betilos o massebah.¹⁰



Bir Sawanneh.
(4 milenio a.n.e.)



Baalat o Asherah
de Ugarit



Qudshu o Ba

10 «Si me hicieres altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares tu pico sobre él, tú lo profanarás». (Éxodo 20-22) o también «De piedras enteras edificarás el altar de Jehová tu Dios; y ofrecerás sobre él, holocausto a Jehová tu Dios»; Deuteronomio 27:6.

Entre los nabateos, un pueblo de origen semítico y árabe, encontramos también el culto a los betilos, de piedra sin trabajar, sin inscripciones y sin decoración. En su lengua, relacionada con el arameo se les llama nassibe (plural) o masgida. Se han hallado santuarios con massebah en la cumbre de montes como el Serbal, cercano al Sinaí. En la capital del reino nabateo, Petra, se pueden ver grandes obeliscos y pequeños nichos excavados en las rocas, que forman altares donde se tallaban pilares o se colocaban las piedras sagradas. En los nichos se leen inscripciones relativas a los dioses que vivían en las piedras: Este es el masseboth de Al Uzza y del Señor de la Casa.¹¹

11 *Nabatean standing stones and their interpretation.* Uzi Avner. *Aram Periodical* 1999.

De Mendoza a Punta de Vacas hay unos 165 km de carretera de montaña, la ruta nacional nº 7, que se recorren aproximadamente en tres horas. Tardamos media hora en llegar a las primeras montañas, la precordillera. Allí desapareció la llanura y la carretera, ya de una sola vía por cada sentido, se adentró en un angosto valle que iniciaba el ascenso. El río Mendoza serpenteaba en el fondo. La corriente de agua era caudalosa y fluía a gran velocidad. Agua proveniente del deshielo de las cumbres, en el verano de la región nunca llueve. La aridez del paisaje era extrema, no había árboles ni casi matorrales. El contraste de temperaturas y la erosión de los vientos ha formado un paisaje de aspecto extraterrestre, rocas vivas de tonos cambiantes, amarillos, ocre, grises, pardos.

La antigua vía del ferrocarril transandino aparece y desaparece a un lado o a otro del valle, atravesando túneles excavados en la roca y cruzando puentes de hierro. Esta línea de ferrocarril fue fruto de un gran proyecto para unir Argentina y Chile para facilitar el tráfico de mercancías. La única vía en



el continente capaz de atravesar Los Andes y comunicar las cuencas del Atlántico y el Pacífico. A pesar de la dificultad del trazado, de las avalanchas de nieve y de las inclemencias del clima, el tren transandino se inauguró en 1910, uniendo Mendoza y Santa Rosa de los Andes, en Chile. Una obra de la ingeniería moderna de aquella época que diseñó puentes de hierro y cemento y vías de cremallera que permitieran a los trenes de vía estrecha salvar los desniveles del terreno.

Es la época en que los pueblos de la zona alcanzaron su mayor desarrollo. Se establecieron escuelas y dispensarios médicos, se construyeron establecimientos hoteleros en lugares hasta entonces demasiado alejados. Aquel era el tren que Silo utilizó en 1969 para burlar la vigilancia de los gendarmes que querían apresarlos. En aquellos años circulaba diariamente, transportando pasajeros y mercancías. En 1978 se cerró a causa del conflicto de los gobiernos argentino y chileno por el canal del Beagle y en 1990 el gobierno argentino desmanteló la totalidad de la red ferroviaria. El ferrocarril transandino quedó abandonado y sus instalaciones fueron cayendo en la ruina. Pero queda su huella en las antiguas estaciones abandonadas, en las pequeñas poblaciones que se levantaron para alojar a los trabajadores y en las vías y puentes de hierro que hacían circular los trenes por trazados increíbles.

Dejamos a la derecha Potrerillos, una pequeña población junto a un gran embalse de un azul profundo que contrasta con los colores de las montañas que lo rodean. Seguimos avanzando por el valle, que se iba abriendo y cerrando alternativamente alrededor del cauce del río, siempre con paredes de roca abruptas y sin vegetación.

Al llegar a Uspallata, justo en la mitad del trayecto, el paisaje cambió. Reaparecieron los árboles, álamos y sauces, y el estrecho valle se convirtió en una amplia llanura resguardada por dos cadenas montañosas: la precordillera, que habíamos atravesado, y la cordillera principal de los Andes, que se levantaba

imponente ante nosotros, con las cumbres de la Cordillera del Tigre, que ya sobrepasan los cuatro mil metros de altitud. Allí paramos a tomar un café y a repostar gasolina.

Uspallata es la población más importante de la zona, cuenta con unos 10000 habitantes y está situada a 1900 metros de altitud. Cruce de caminos desde tiempos muy antiguos. Allí llega la carretera que circula paralela a la cordillera principal y que comunica con las poblaciones del norte y también la antigua carretera de Mendoza que atraviesa parajes singulares. Y desde allí continúa la ruta 7 por la quebrada del río Mendoza atravesando los Andes en sentido Este-Oeste y en dirección a nuestro destino.

Por estos caminos llegaron los incas en el siglo XV, éste fue el límite meridional de su imperio. Sus huellas están en la toponimia y en las pircas con las que hacían sus construcciones. El término Uspallata es similar a otros de lengua quechua, que hacen referencia a lo pasos o puertos que permiten atravesar las montañas, que eran sagrados para ellos. Por aquí pasa el Camino Inca, la red de caminos que unía los territorios del Tahuantinsuyo, desde el norte de Ecuador hasta estas latitudes. Llega desde el norte, discurre paralelo a la cordillera



y gira siguiendo el trazado de lo que hoy es la ruta 7 hasta el Paso de la Cumbre o de Las Cuevas. Allí la cordillera permite el acceso a la otra vertiente de los Andes y a los valles que lleguen al Océano Pacífico. Así cruzaron los ejércitos del Inca hacia Chile. Quedan todavía restos algunos tambos o tambillos, casitas rectangulares de piedras que servían de almacén de víveres y de hospedaje para los que transitaban el camino.

El paso se siguió utilizando en la época colonial, en la que Uspallata era posta del camino real. Hay algunos refugios para los correos que comunicaban la Capitanía General de Santiago con el Virreinato de la Plata y restos de las explotaciones mineras y fundiciones construidas por los jesuitas cerca de Uspallata.

Y también dos de las columnas del Ejército de los Andes se reunieron en Uspallata después de vencer la resistencia realista para cruzar el Paso de la Cumbre y liberar Chile del dominio de la corona española.

Los imperios cayeron y las fronteras cambiaron, pero la ruta permaneció, transitada por arrieros a caballo o en mula, transportando mercancías entre Santiago y Mendoza. Ellos, los guías de montaña, son los que mejor conocen los pasos y los que saben interpretar los peligrosos cambios climatológicos en estas montañas. Una vieja canción narra el viaje de manera muy esquemática:

Cuando «pa'» Chile me voy,
cruzando la cordillera,
late el corazón contento
pues me espera una chilena.

Y cuando vuelvo de Chile,
entre cerros y quebradas
late el corazón contento,
pues me espera una cuyana.

Tras reponernos con el café reanudamos la marcha, adentrándonos de nuevo en la quebrada del río Mendoza. El paisaje se hizo más agreste, las cumbres más altas, y la carretera más empinada. Los colores de las montañas cambiaron hacia los verdes, azules y morados. La sensación de estar en otro planeta crecía y crecía. Por estos lugares ya casi no circulaban otros coches, solo los enormes camiones cargados de mercancías. Avanzábamos por aquel paisaje sobrecogidos y en silencio. Pasamos otro pueblito, Polvaredas, otro de los que se construyeron para los trabajadores del ferrocarril. Apenas constaba de unas cuantas casitas y la estación de tren. Ya faltaba poco, muy poco. El largo viaje estaba próximo a culminar. Silencio en los coches, ojos bien abiertos y bocas cerradas, queríamos captarlo todo.

A las 7 del domingo 4 de mayo, frente a una empresa de transportes ubicada en la céntrica avenida Las Heras, en Mendoza, los seguidores de Silo comenzaron a agruparse. Habían contratado siete ómnibus para iniciar el viaje. Otros llegaron al lugar de la cita en automóviles.

Y en tres horas, luego de recorrer el sinuoso camino cordillerano, de extasiarse ante los gigantes picos nevados, de sentir miedo junto a los profundos precipicios, llegamos a Punta de Vacas. Estábamos a 2000 metros de altura sobre el nivel del mar, a 140 kilómetros de Mendoza, a 1250 kilómetros de Buenos Aires.

Viven aquí un centenar de personas, en su mayoría soldados de la Gendarmería Nacional. A poco de llegar, junto al camino, inquisidores rostros comenzaron a seguir todos nuestros pasos... Las metralletas parecían amenazantes, sostenidas por férreas manos. Todos tuvimos que identificarnos,



dar nuestros nombres y direcciones. Por suerte, no ocurrió nada. Por suerte, no hubo malas interpretaciones.

*Crónica de Carlos Castro, enviado especial,
publicada el 5 de mayo de 1969*

El Parque Punta de Vacas

Y por fin, llegamos. Un pequeño cartel de carretera indicaba que estábamos en Punta de Vacas. De lejos distinguimos un grupo de casas desperdigadas en una pequeña llanura encajonada entre las montañas. Enlentecimos la marcha al ver que a la entrada del pueblo había un control de la gendarmería que cerraba el paso. La última resistencia en el camino. La cercanía de la frontera con Chile y las tensiones entre los dos países, que se han repetido en varias ocasiones, hacen que la presencia del ejército y la gendarmería en la zona sea muy habitual.

Nos detuvimos. El oficial al mando se acercó a nosotros con aspecto marcial y nos miró desconfiado. Preguntó dónde íbamos. Le respondimos que nos dirigíamos a las obras del futuro Parque. Las explicaciones parecieron satisfacer al gendarme, que sin decir más, miró a la tropa que manejaba la barrera y con un gesto hizo que nos franquearan el paso apartando la barrera.

Punta de Vacas se asienta en una pequeña llanura que se abre lo justo para construir algunas casas y para que algunos pastos permitan al ganado alimentarse. Según los datos oficiales, en la actualidad viven en el pueblo menos de 50 personas y la altitud es de 2490 metros sobre el nivel del mar.

Decir que está rodeado de unas montañas espectaculares se queda corto, muy corto, es casi no decir nada. Las montañas



son de una magnitud desconocida para nosotros. Frente a nosotros, por encima de la ubicación del Parque, una mole gigantesca de colores morados y azules, al que llaman cerro Obispo, de 4330 metros de altitud. A la izquierda, otro gigante, el cerro de las Vacas de 4380 metros. Y un poco detrás de éste, el Guardián de los Valles, de 4855 metros de altitud y tonos rojizos.

Pero lo extraordinario es el desnivel que había desde nuestra posición, desde la llanura en la que se ubica Punta de Vacas hasta las cumbres de las montañas que lo rodean hay más de 2000 metros. Un gigantesco tajo que corta Los Andes.

A la derecha según mirábamos hacia el Parque, otra impresionante quebrada hiende las montañas. Por allí discurre el río Vacas, que confluye en este punto con el Mendoza, custodiado por otro coloso, el cerro Juan Pobre, de 4138 metros de altitud. Por allí se abre un camino de ascenso hasta los glaciares del monte Aconcagua, que muchos andinistas utilizan para ascender al Techo de Occidente.



Un poco más adelante, a la altura del Parque, se juntan otros dos ríos, el Tupungato y el Cuevas, que forman el río Mendoza, que habíamos acompañado todo el viaje. No podíamos ver el curso del río Cuevas, porque la gigantesca montaña de colores morados impedía la vista y la carretera la rodeaba en una curva de muchos grados, pero si veíamos la quebrada por la que discurre el río Tupungato y al fondo del horizonte la silueta del volcán nevado, el más alto del mundo, de 6800 metros, que sobresale imponente por encima del resto de las cumbres.

Tres ríos, tres valles, y tres cordilleras. En muchas culturas los lugares donde confluyen dos ríos son sagrados, así que este lugar es doblemente sagrado. Tres cadenas montañosas, el Cordón del Plata, el del Tupungato y el del Aconcagua, convergen en este lugar. Cumbres y glaciares que se elevan por encima de los seis mil metros. Montañas pocas veces pisadas, casi ignoradas e inexploradas. Montañas de extraños colores por donde bajan aguas cristalinas. Todo confluye en este

lugar de nombre tan pintoresco, Punta de Vacas. Un paisaje desolado, desértico e inhóspito, pero grandioso e inspirador, extraordinario. Atahualpa Yupanqui expresa así el efecto de las imponentes montañas:

*Por poder que hayas juntado, no te pienses cordillera.
Porque en la vida ruterá aquel que se crea muy grande,
se para junto a los Andes, y es un enano cualquiera.*

Avanzamos unos pocos cientos de metros más, y antes de que la carretera girara para rodear la curva que rodea la enorme montaña del fondo, entramos por un camino de tierra a la izquierda. Luego de un corto recorrido llegamos a nuestro destino. Aparcamos los coches cerca de una pequeña casita. A unos metros unos albañiles trabajaban en otras construcciones. Salimos de los coches impactados por el escenario. El día seguía despejado y el sol brillaba pero soplaban ráfagas de un viento furioso, que aparecía y desaparecía súbitamente.

El Parque está ubicado al final de la explanada en que se abre el valle. Los primeros edificios se levantan en ese nivel. Poco más allá comienza la pendiente de un pequeño monte. Claro que parece pequeño por la comparación con las montañas que le rodean. El montecillo tiene forma de pirámide visto desde abajo.

De la casita salieron dos personas. Los cuidadores que se ocupaban de hacer el seguimiento de las obras. Los saludamos y entramos a la casita, un espacio pequeño pero acogedor. —De momento, ésta es la única construcción terminada, la casa del Guarda, dijo Silo, mostrándonos con un gesto una sala de unos 24 metros cuadrados. En el centro de la habitación había una mesa, alrededor de la que se disponían unos bancos corridos. Más allá había una pequeña y funcional cocina, y al fondo una puerta que llevaba a un dormitorio con literas. El espacio era pequeño pero el diseño había conseguido crear tres espacios

diferenciados. Paseamos, intentando no tropezarnos, por los distintos ámbitos. Silo continuó las explicaciones en la cocina, enseñándonos una encimera larga y estrecha para manipular los alimentos. —Hemos puesto esta mesita acá para poder hacer las milanesas, ¿lo ven?— mientras simulaba golpear un filete para ablandar la carne.

Una abertura en el techo comunicaba con una planta superior, un desván, que también podría habilitarse en el futuro y daría mayor capacidad a la casa. —La calefacción, que en invierno es aquí prioritaria, va a través de hilos radiantes en el techo— continuó Silo. La ropa de la colada debe tenderse en el piso superior, porque en el exterior el frío haría que se congelara. El Parque estaba planificado hasta el último detalle en su cabeza.

Terminada la visita a la casita del guarda, salimos de nuevo al exterior. Las ráfagas de viento arreciaban. En el cielo, nubes oscuras y espesas se movían a gran velocidad y en algunos momentos tapaban al sol. En los momentos en los que esto sucedía los colores de las montañas cambiaban y se oscurecían. Allí los cambios meteorológicos fluyen a gran velocidad. Todos los eventos eran posibles, el viento podía aumentar y desatar un formidable vendaval, las nubes podían terminar de cubrir el cielo y comenzar una tormenta de lluvia o de nieve, o podían remitir los vientos y las nubes abrirse y permitir que saliera de nuevo un sol radiante.

A ese espacio abierto encajonado entre cordilleras y quebradas, los vientos llegan a velocidades extremas de más de 200 kilómetros por hora. Los estrechos valles comunican espacios a uno y otro lado de la cordillera con condiciones de temperatura y humedad muy distintas. Los vendavales recorren las quebradas aullando como titanes arrastrando todo a su paso. Una fábrica de vientos, como la cueva en la que Eolo los encierra y en ocasiones permite salir a recorrer el mundo.

Pero nuestro recorrido continuaba. Caminábamos en dirección ascendente y dejamos a nuestra derecha un pequeño

terraplén antes de llegar al lugar donde se levanta otra de las edificaciones, la que está a menor altitud, la sala multiusos. Unos cuantos obreros se afanaban allí. Los cimientos, ya acabados, mostraban la base del edificio, una forma rectangular de hormigón de unos veinte metros de longitud y 10 de ancho. Pronto comenzarían a colocarse los forjados de la estructura.

A pesar de las dificultades, Silo confiaba en tener lista la obra básica para las Jornadas de Mayo aunque desde luego no estarían listos los acabados y los remates. Estábamos en enero, que allí es verano, y las obras iban al mayor ritmo posible porque en invierno será imposible avanzar.

Los trabajadores continuaban con su quehacer mientras observábamos los trabajos. Varios de ellos habían venido de muy lejos, algunos desde Buenos Aires. Estaba el maestro albañil que había construido la cúpula de la Reja. Otros eran de la zona. Sus rostros estaban muy morenos por el sol de las montañas. Todos eran de una constitución física similar, anchos de espalda, musculosos y no muy altos, de rostros redondos y pelo y ojos negros. Se movían con rapidez y flexibilidad entre los montones de ladrillos y de tierra, apareciendo y desapareciendo velozmente. Permanecieron en el lugar durante varios meses. Allí no es posible hacer una jornada de trabajo y luego regresar a la casa. Los obreros tenían que permanecer allí, aislados de sus familias y entornos durante semanas. Esa era otra de las circunstancias que hacían más difícil la construcción del Parque. Nos explicaron los cuidadores que el lugar les imponía mucho, sobre todo en las noches, mientras escuchaban en sus refugios los vientos aullar en la oscuridad ¿Y quién no se sobrelataría estando en su lugar?

Dejamos la sala multiusos y seguimos ascendiendo hasta que llegamos a una explanada. —Aquí estará la Plaza de las Estelas, dijo Silo. Era una superficie llana bastante amplia, al final de ella, había una pequeña elevación donde estaba instalado el monolito. —En las estelas —continuó— estará grabada la arenga

de 1969, *La curación del sufrimiento* en siete idiomas, entre otros árabe, ruso, español, inglés y chino. Cada elemento del Parque estaba dispuesto cuidadosamente en una altura y una ubicación diferente en este monte Sacro.

Alguien preguntó por el emplazamiento desde el que habló en aquella ocasión. Silo miró hacia la parte donde estaba el monolito y se quedó reflexionando unos segundos, luego señaló un lugar cercano, –fue por allí más o menos–, dijo, y miró en aquella dirección, como si recordara la escena, más de 40 años atrás.

A las trece, unas seiscientas personas se encontraban en el lugar. El silencio era total. Estaba por comenzar el acto. La expectativa crecía segundo a segundo.

Los presentes, sentados en torno a la tribuna, elevaron sus ojos al cercano cerro, por donde se supuso bajaría Silo.

Las cámaras fotográficas, las filmadoras –entre ellas, las de la CBS norteamericana– también comenzaron a apuntar hacia las cumbres. Silo vive en una pequeña casa de piedra, a unos tres kilómetros del lugar, pero era imposible llegar hasta allí sin correr serios riesgos, pues dos arroyos se encontraban desbordados.

Pasaron unos cinco minutos. De pronto, se vio bajar desde uno de los cerros a Mario Luis Rodríguez Cobo (Silo). Su figura, ágil y espigada, parecía integrada a la tierra, a las rocas milenarias



que pisaba. Avanzaba con ágiles pasos. Vestía un overol blanco, llevaba un anorak del mismo color, y en su mano derecha una corta varilla metálica, un caduceo.

Se paró firme ante los congregados, los observó detenidamente, hizo que el silencio se hiciera más profundo. Todos esperaban el mensaje.

*Por Carlos Castro, enviado especial,
publicado el 5 de mayo de 1969.*

Pero ¿cómo es que los espíritus de los antepasados, las fuerzas de la naturaleza o las divinidades podían estar en las piedras?, ¿en qué momento se desarrolla esta creencia?

Agostino Lotti apunta que se ha desarrollado en el Neolítico una concepción del mundo dualista: existen el mundo de los espíritus y el mundo que perciben los sentidos externos. Esta visión nace de un registro cenestésico profundo de que el alma se puede separar, que son fuerzas, potencias no individuales sino de conjuntos.¹²

El Neolítico supone una revolución total, el ser humano, que sobrevivía de la caza y la recolección de lo que la Naturaleza le ofrecía, empieza a modificarla para obtener los recursos que él quiere. Un cambio de dirección drástico, aunque no se da en todos los lugares a la vez y va a durar algunos milenios.

Se empiezan a cultivar cereales y legumbres, se aprende a domesticar algunas especies de animales, con el mejor manejo de los hornos y del fuego surge la alfarería y la fundición de metales, cambian los asentamientos y aparecen poblados estables y de mayor tamaño, incluso se recrean las cuevas en el exterior en los tholos que imitan su morfología (entrada o umbral, corredor y cámara). Las transformaciones, de una aceleración desconocida, que suceden en esta época, tienen su raíz común en los cambios del homo sapiens en su manera de estructurar su relación con el medio natural, la domesticación de la Naturaleza.

Se desarrolla una nueva sensibilidad en la que el ser humano siente que depende de fuerzas poderosas que no controla y son vitales para él: la lluvia o sequía determinarán si la cosecha será

12 Agostino Lotti. *Breve historia de la espiritualidad primitiva*. Parque de Estudio y Reflexión Attigliano, 2016, p. 6.

abundante, y si los animales tendrán alimento para reproducirse. La abundancia de recursos o la escasez que pone en peligro la supervivencia depende de ello. Las tensiones vitales cambian y se generan nuevos mitos.

Si hablamos de mitos convendrá aclarar que tomamos como referencia la definición de Silo, para el que estas creencias no son esquemas pasivos, sino tensiones y climas emotivos que plasmando en imágenes, orientan la actividad individual o colectiva.¹³

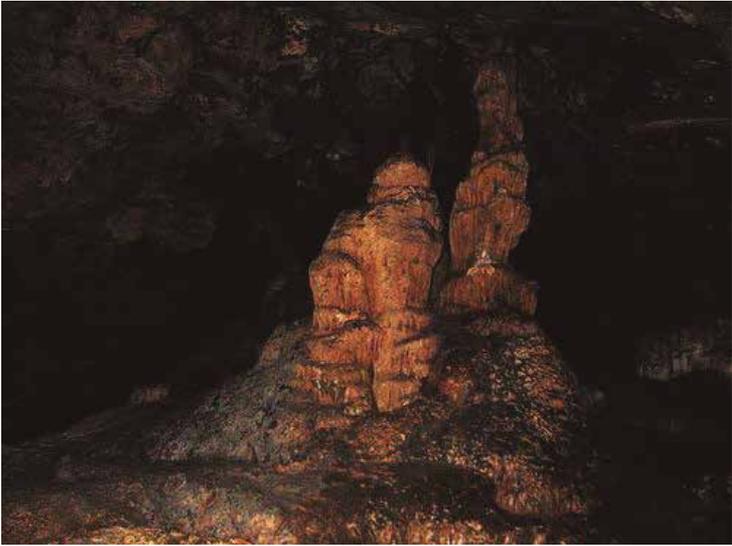
En el Neolítico, la caverna se convierte en el lugar de contacto con la profundidad de la Madre Tierra, de la profundidad tectónica, es la entrada para el descenso a donde se encuentran la potencia creadora y regeneradora de la Madre Tierra. Los enterramientos se hacen en cuevas, porque se espera que la tierra acoja a los muertos y los regenere. No es que existieran diosas de la Tierra, aún no existían diosas, sino que era la Tierra como profundidad tectónica la que era vista como una potencia generadora.¹⁴ Es femenina, aunque no tiene aún un nombre o una forma que la represente, pero si correspondía a un registro interno de los que la visitaban en sus santuarios. Esa Madre universal es la antecesora de las diosas de la vegetación, de los cereales, o de los bosques y animales.

En algunos de estos santuarios, esta divinidad se encarna en algunos espeleotemas, concreciones calcáreas que se dan en ellas como las estalactitas o las estalagmitas. Los santuarios cuevas de montaña son estudiados por E.O. James en el Mediterráneo. En Amnisos (Creta) se venera la diosa de los nacimientos, encarnada en dos estalagmitas. En Psychro (Creta) en la cueva de Dikteon, donde según el mito la diosa Rea alumbró a Zeus, dos estalactitas representan a la diosa.

En muchos lugares del Mediterráneo se repite esta figura. La forma de una piedra o de un espeleotema que recuerda la figura de una mujer sirve para dar forma y encarnar a la presencia de

13 Mitos raíces universales. Silo.

14 Agostino Lotti. *Breve historia de la espiritualidad primitiva*. Parque de Estudio y Reflexión Attigliano.



una diosa a la que se va a nombrar de diferentes formas y distintos atributos en cada lugar.

Estas cuevas reaparecen en distintos lugares y momentos: en la cueva del Higuero o del Tesoro, en el Rincón de la Victoria (Málaga), que era un santuario neolítico, los fenicios hicieron un altar, seguramente para la diosa Astarté, a la que luego los romanos llamaron Noctiluca.

En Catal-Huyuk (Anatolia), uno de los más antiguos focos del Neolítico, también encontramos cuevas santuario, las cuevas Ferzede del Monte Taurus y se han hallado numerosos espeleotemas procedentes de ellas en diversos ámbitos habitacionales de la ciudad.¹⁵

15 «La presencia de trozos de estalactitas sugiere creencias y significados de carácter tectónico a los cuales se accedía gracias a las cavernas; estos trozos de estalactitas y concreciones calcáreas, trabajadas o no, se llevaban a las viviendas, de este modo se transportaba la topografía y los significados de esas cavernas a su propio mundo ctónico construido, esto es, la vivienda y el villorrio. Agostino Lotti, *Arte y espiritualidad en el Mesolítico*, p. 47.

Cerca de la explanada estaba la tercera construcción, la sala de meditación. Otro grupo de trabajadores están allí en plena actividad. Los ladrillos que formarían las paredes ya delimitaban la forma circular de la base de la hemisfera. Los ladrillos que recubrirían el exterior estaban apilados en montones cercanos. Eran ladrillos macizos grandes de color ocre, de aspecto artesanal. Calculamos que pesaban más de dos kilos cada uno.

Mientras Silo explicaba hasta qué altura llegaría y dónde comenzarían los ladrillos a formar el arco de la cúpula, el viento arremetió con fuerza. No podíamos permanecer allí de pie y nos guarecimos rápidamente entre los montones de ladrillos y palets apilados hasta que el viento amainó. Al terminar la ráfaga salimos de nuestros escondites impresionados. ¿Qué clase de viento era ese? Los obreros nos ilustraron sobre lo que podía hacer ese vendaval. Pocos días antes, había sorprendido a uno de ellos mientras transportaba un cajón de clavos. El viento se lo había arrebatado violentamente de las manos y lo había arrojado hasta el otro lado de la carretera, diez metros más allá. ¿Cuánto pesaría un cajón de clavos?, ¿30 o 40 kilos de metal, sobrevolando la carretera internacional? ¡Un espectáculo!

Continuamos ascendiendo desde la sala hacia el monolito, situado a pocos metros de ella, en una pequeña elevación del terreno. Fue el primer monumento del Parque, se colocó unos cuantos años atrás. El *caño*, como le llaman los lugareños, está bastante cerca de la carretera internacional y es conocido por los camioneros y viajeros que recorren estos parajes. El acero inoxidable brilla al reflejar la luz del sol y contrasta con los colores de las piedras que le rodean. Mide nueve metros de alto

y tiene otros tres metros más bajo tierra. No es muy ancho, casi lo puede abrazar una persona. Sus proporciones lo hacen elegante y estilizado.

El monolito es el eje que une la tierra y el cielo y fija las coordenadas espaciales, (32°51'S 69°45'O) y temporales del lugar (1999, fecha de su colocación). La señal que avisa a los peregrinos y marca el destino de su viaje. Un centro del Universo donde se une lo celeste y lo terreno y se puede experimentar el tiempo sagrado. Emite una luz que destella en su extremo superior, que se enciende y apaga 60 veces por minuto, la frecuencia del corazón humano. Al acercarse al monolito la experiencia es muy similar para gente de muy distinta procedencia. El psiquismo humano es el mismo independientemente de religión, cultura, sexo o edad. Al visualizarlo o sentirlo adentro de uno, la energía vital, presente de manera difusa en todo el cuerpo comienza a ascender desde los plexos inferiores hacia la cabeza. Con el ascenso de la energía, el punto desde el que se ubica la atención, que podríamos llamar observador, se coloca más arriba y un poco más atrás que donde normalmente está, la respiración se amplía y normaliza. Uno siente que sintoniza con el universo, con



la fuente interna que nos hace ser lo que somos, o lo que podemos llegar a ser. La conciencia se abre a un nuevo despertar, en un estado de vigilia sin ruido abierta a nuevos significados.

Continuamos el recorrido a través de otro sendero, que nuevamente ascendía por el montecillo y después de unos minutos,

en los que Silo fue parando y verificando que el mal de altura no nos afectaba, llegamos a las obras del Centro de Estudios. Estaba en otra ladera, de manera que no se le podía ver desde la sala de meditación o desde la sala multiusos. Es el edificio más grande del Parque, con capacidad para albergar a estudiantes e investigadores y ámbitos para celebrar amplias reuniones en sus salas. Su diseño es muy original, tres alas que se conectan en el centro como una hélice.

Más allá del edificio había un cercado de alambre. No es para marcar el término de la propiedad, explicó Silo, sino para señalar el límite hasta dónde la gente puede caminar sin peligro. El montecillo, formado por la sedimentación de materiales traídos por los ríos, no tiene un firme muy asentado y hay riesgo de desprendimientos de piedras en las laderas, y está además el peligro de resbalar en las zonas de mucha pendiente. Era necesario vallar el lugar para evitar accidentes. Silo empezó a describir una concurrida reunión imaginaria en aquel extraño lugar, donde también habría familias con sus hijos e imitó a una madre llamando a su hijo, reconviniéndole para que no se alejara. —¡Carlitos no vayas por ahí! ¡Carlitos! ¡Y claro que Carlitos sigue y no hace



caso a su madre y acaba rodando por la ladera!— Réimos con ganas, no por el imaginario accidente, sino por lo surrealista de la escena de una madre persiguiendo a su desobediente hijo en un lugar tan alejado de una escena tan cotidiana.

Terminada la visita al Centro de Estudios descendimos un poco para regresar al camino principal

y lo tomamos de nuevo para dirigimos hacia la cota más alta del Parque donde se ubicaría el Mirador. El paseo continuó con su ritmo pausado y paradas para escuchar las explicaciones de Silo y evitar el *apunamiento*, como llaman por aquí a los desfallecimientos en estas alturas. El sendero hace en esta parte un recorrido sinuoso, describiendo curvas a derecha e izquierda por la ladera, evitando una excesiva pendiente.

Al terminar el ascenso, durante el que la vista quedaba atrapada en el suelo, apareció una espectacular vista panorámica. Mucho espacio y profundidad en los 360 grados en los que se podía dirigir la vista. Hacia el sur, la quebrada que comunica con el Tupungato. Kilómetros de quebrada intrincada y profunda, y al final, el volcán nevado, mirador de las estrellas. Hacia el este, el valle del río Mendoza, las casitas de Punta de Vacas, la pequeña llanura que se prolonga por el valle que llega hasta Uspallata. En aquella dirección, desde aquella altura, cerca del Parque, se distingue muy bien el lugar donde se unen los ríos Tupungato y Cuevas. En ese momento, las aguas de los dos ríos brillaban con tonos plateados reflejando la luz del sol, provocando extrañas sensaciones. También se contemplaban las construcciones que se levantaban y por supuesto, las enormes montañas de colores que rodean el Parque.

Silo explicó que tenía el proyecto de construir allí un mirador cerrado con un techo acristalado para poder ver los cielos nocturnos. El problema, nos contó, era cómo solucionar que la nieve no se acumulara en el techo. Seguramente ese fue el motivo por el que no se construyó.

Desde el mirador nos mostró un lugar a un par de kilómetros de distancia siguiendo la quebrada del Tupungato donde se veía un chorro de agua a presión que se elevaba unos cuantos metros. Un poco más abajo y a la izquierda del chorro había una pequeña explanada. Allí estuvo la ermita inicialmente. El chorro es un respiradero en una conducción de agua que se inicia un poco más arriba de la quebrada y que sirve para llevar



el agua a Punta de Vacas. Para llegar a aquel lugar es necesario cruzar el río, bastante peligroso por al caudal y la velocidad del agua y hacer una pequeña caminata. Era más sencillo y seguro reconstruirla dentro de los límites del Parque.

Después de un breve silencio, mientras mirábamos el panorama, Silo señaló hacia abajo de la ladera que da al río. –Allí hay un par de arbolitos que trazan una línea recta en la base de la ladera. Siguiendo esa línea recta, –nos explicó, –está la nueva ubicación de la ermita, marcada con algunas piedras. El acceso más fácil es siguiendo el vallado desde la casa del guarda–. Allí encontraríamos un sendero que nos llevaría al lugar.

Después de esta concisa explicación iniciamos el descenso. Había sido un exhaustivo recorrido de dos horas que incluyó casa del cuidador, sala multiusos, explanada de las estelas, sala de meditación, monolito, centro de estudios y por último el mirador. Faltaban aún para completar el conjunto, el umbral, que marcaría la separación de los espacios y la fuente. Y también la ermita. Pero de ella nos ocuparíamos nosotros a partir del día siguiente.

Regresamos al punto de inicio y nos despedimos de los amigos que quedaban trabajando en el Parque. De nuevo

montamos en los coches para dirigirnos hacia nuestro alojamiento. Al salir del Parque en dirección a las Cuevas, la carretera internacional inicia una curva pronunciada a la derecha y se interna en un estrechamiento del valle a la vez que asciende. La curva produce la impresión de que las montañas abren una puerta, otro umbral, para que te adentres en su interior. Esta curva tiene nombre propio, la *Curva del tiempo*, porque a uno y otro lado de la curva las diferencias térmicas y climáticas son considerables.

Pocos kilómetros después, siguiendo el valle del río Cuevas llegamos a Penitentes. Se trata de una pequeña estación de esquí, con algunos edificios de hoteles y apartamentos de estilo alpino a cada lado de la carretera, y una gasolinera. A la derecha de la carretera están los remotes de las pistas. A ambos lados las cadenas montañosas entre las que el río circula encajonado. Apenas había gente, era verano y las pistas no tenían nieve. Cerca de allí está el pico que da nombre al lugar, Los Penitentes. La erosión del viento y las precipitaciones han tallado aquí caprichosamente los glaciares de hielo, que asemejan ser monjes encapuchados con largos hábitos que desfilan en procesión, como si hicieran alguna penitencia.

Seguimos carretera adelante sin ver más vida que algunas mulas que cabalgaban solitarias por los caminos sin nadie que las arreará. Pocos kilómetros más adelante de nuevo el valle se abrió y llegamos al Puente del Inca, el lugar donde teníamos nuestro alojamiento. A la izquierda de la carretera está la hostería, donde nos alojaríamos. En sus alrededores, algunas pequeñas construcciones, la antigua estación ferroviaria y una gran explanada que sirve de aparcamiento. Detrás de las construcciones queda la estrecha garganta por donde discurre el río Cuevas y el puente natural que da nombre al lugar. Aparcamos los coches junto a la hostería. Al otro lado de la carretera hay un campamento militar vallado, con barracones de distintos tipos para la tropa y los oficiales. En la hostería

básicamente se alojan montañeros, dispuestos a hacer el intento de llegar a la cumbre del Aconcagua. Después de dejar nuestros equipajes en las habitaciones, nos encontramos para almorzar en el comedor de la hostería.

Al terminar de comer acompañamos a Silo hasta su coche. Se despidió escuetamente: –Nos vemos dentro de tres días en Mendoza, me ocuparé de vuestro transporte hasta Santiago para el retorno. Quedamos mirando su coche alejarse por la carretera en dirección a Mendoza hasta desaparecer.

Era el momento de iniciar un trabajo de campo y visitar los santuarios neolíticos más antiguos que pudiera encontrar para acercarme a esa nueva espiritualidad. Es claro que estos cambios llegan de Oriente Medio a Europa a través de migraciones o contactos culturales que se documentan por la aparición de especies de cereales y de animales provenientes de esa zona en zonas que hasta ese momento no existían.¹⁶ Los primeros núcleos aparecen en España en la costa mediterránea y sus cercanías, y su vía de entrada probablemente fue marítima.¹⁷

Pla de Petracos y la Sarga son dos conjuntos de pinturas rupestres de 8000 años de antigüedad, situadas en barrancos de la sierra de Aitana en Alicante. Se trata de santuarios utilizados durante muchos siglos por los pobladores de la zona.

Petracos es, según Pilar Garrido un espacio rocoso sacralizado con un fuerte contenido simbólico.¹⁸ Está compuesto por 8 abrigo, de los que cinco poseen pinturas muy visibles. Los abrigos VIII, VII, V y IV delimitan una composición que los descubridores detallan así: se agrupan a modo de retablo en torno a la figura central de un gran ídolo-abrigo V, los restantes temas.¹⁹ El lugar se conserva tal como era en el momento en que se realizaron las pinturas. No era un lugar de poblamiento ni de caza, sino de encuentro y culto. Según los arqueólogos, para celebrar y propiciar la fertilidad y

16 Garcia Puchol y otros. *El arte levantino y el proceso de neolitización en el arco mediterráneo peninsular: el contexto arqueológico y su significado*. Archivo de Prehistoria levantina, Valencia 2004.

17 Karoline Mazurie de Keroualin. *El origen del Neolítico en Europa : agricultores, cazadores y pastores*. Ariel 2007 (ed fr. 2003).

18 Beatriz Garrido Ramos. *Pla de Petracos (Alicante): arte macroesquemático*.

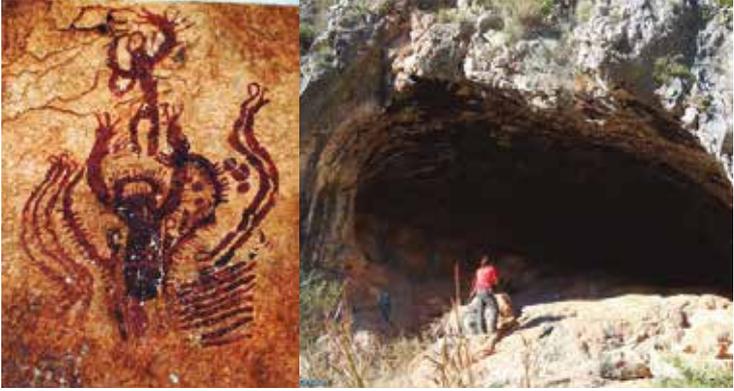
19 Hernández, M.S., Ferrer, P. Catalá, E. *El arte rupestre en Alicante*.



fecundidad, el ciclo agrícola y los vínculos familiares. La nueva sensibilidad religiosa propia del Neolítico.

Está emplazado en un estrecho cañón ascendente formado por un río. Después de una curva, el cañón se abre en un espacio más amplio, donde se enfrentan dos paredes verticales. Subiendo por la ladera se llega a una plataforma construida para contemplar las pinturas rupestres. La pared vertical se curva hacia fuera hasta formar una enorme concavidad en la que se ubican las pinturas. Los abrigos son pequeñas huecos que se han formado en su superficie, de dos o tres metros de ancho y de un metro o metro y medio de profundidad. En ellas están las pinturas ocupando casi toda su superficie.

El orante, la figura central, está en la mayor altura, en el centro de la pared. Son dos figuras humanas esquemáticas, una encima de otra, que alcanzan los brazos al cielo. Unas líneas perpendiculares a la cabeza y extremidades producen la sensación de una irradiación que muestran un trance del hombre o mujer. El conjunto de las dos figuras humanas representadas y los motivos laterales, tal vez tallos vegetales, producen un registro de movimiento ascendente, quizás también de danza. El santuario está orientado hacia el sureste, siguiendo la orientación del valle, el sol se ha puesto por el lado opuesto y el amanecer se vería del lado donde está el santuario, subiendo por detrás de la pared de piedra.



Justo debajo del orante hay una gran piedra blanca. Sus paredes laterales y superior son de textura lisa. Debe pesar una tonelada, pero ha sido transportada hasta ese lugar, no hay una piedra parecida en los alrededores. Está justo en la vertical del orante. Podría ser un lugar desde el que algún oficiante dirigiera una ceremonia. Cerca está la entrada de una cueva. La boca es muy ancha, y el suelo de roca tiene una pendiente bastante inclinada.. El techo está cubierto de hollín por los fuegos que se hicieron allí. La cueva no tiene mucho recorrido, unos 20 metros.

El tamaño de las pinturas, de más de un metro y medio, permite que se vean a una distancia considerable. La acústica hace que el sonido llegue mucho más lejos de lo normal. El espacio propicia el encuentro de conjuntos humanos mucho más amplios que los del Paleolítico. No he estado nunca aquí pero tengo la sensación de haber llegado a un sitio conocido, cosa que también me sucedió en la Sarga.

La Sarga²⁰ también se encuentra en un estrecho cañón con un pequeño río, que se abre bruscamente. En uno de los costados se encuentran varios abrigos, mucho más anchos que los de Petracos, y con un número de pinturas muy superior, en los que se superponen pinturas de estilo macro-esquemático, levantino y esquemático.

20 *La Sarga. Arte rupestre y territorio.* Mauro S. Hernández Pérez - Josep M. Segura Martí (Coordinadores). Museo Arqueológico de Alcoi, 2017.



Las primeras, las más antiguas, coinciden en los temas con las de Petracos. Destaca una figura que parece la de un chamán, conocida como el hechicero.

Al subir a los abrigos se divisa hacia abajo una profunda oquedad en el terreno, aunque enfrente tenemos la cueva, aquí la morfología entera es la de una gran entrada hacia abajo de la tierra. Que el santuario se mantuvo en uso durante milenios queda claro por los distintos estilos artísticos de las pinturas, cuyos temas deben reflejar los mitos de esta nueva sensibilidad que está asentándose en toda Europa.

Ambos santuarios comparten características: la presencia de la cueva, el río y las grandes masas de piedra que afloran en el barranco. Lugares de experiencias compartidas y cohesión social que parecen tener un patrón en la presencia del agua, la piedra y una separación relativa respecto a los sitios de habitación y laboreo.²¹ La piedra y el agua. Los símbolos que más adelante serán de la diosa Cibele. Y ahora que vuelvo a nombrarla, no está de más mencionar que mucho antes de que presidiera el lugar más emblemático de Madrid, el escudo de la naciente villa en el siglo XI, era precisamente la piedra de sílex, que abunda en la ciudad, encima de una corriente de agua, la que atraviesa su subsuelo.

21 María Cruz Berrocal, *La investigación del arte rupestre desde la Geografía*.



*La leyenda junto al escudo decía:
Fui sobre agua edificada, mis muros
de fuego son, esta es mi insignia y
blasón. El fuego se refiere, claro, a la
chispa que el sílex produce cuando se
golpea. Una piedra de fuego, por su-
puesto.*

Si has venido a escuchar a un hombre de quien se supone se transmite la sabiduría, has equivocado el camino porque la real sabiduría no se transmite por medio de libros ni de arengas; la real sabiduría está en el fondo de tu conciencia como el amor verdadero está en el fondo de tu corazón.

Si has venido empujado por los calumniadores y los hipócritas a escuchar a este hombre a fin de que lo que escuchas te sirva luego como argumento en contra de él, has equivocado el camino porque este hombre no está aquí para pedirte nada, ni para usarte, porque no te necesita.

Escuchas a un hombre desconocedor de las leyes que rigen el Universo, desconocedor de las leyes de la Historia, ignorante de las relaciones que rigen a los pueblos. Este hombre se dirige a tu conciencia a mucha distancia de las ciudades y de sus enfermas ambiciones. Allí en las ciudades, donde cada día es un afán truncado por la muerte, donde al amor sucede el odio, donde al perdón sucede la venganza; allí en las ciudades de los hombres ricos y pobres; allí en los inmensos campos de los hombres, se ha posado un manto de sufrimiento y de tristeza.

Sufres cuando el dolor muerde tu cuerpo. Sufres cuando el hambre se apodera de tu cuerpo. Pero no solo sufres por el dolor inmediato de tu cuerpo, por el hambre de tu cuerpo. Sufres, también, por las consecuencias de las enfermedades de tu cuerpo.



Debes distinguir dos tipos de sufrimiento. Hay un sufrimiento que se produce en tí merced a la enfermedad (y ese sufrimiento puede retroceder gracias al avance de la ciencia, así como el hambre puede retroceder pero gracias al imperio de la justicia). Hay otro tipo de sufrimiento que no depende de la enfermedad de tu cuerpo sino que deriva de ella: si estás impedido, si no puedes ver o si no oyes, sufres; pero aunque este sufrimiento derive del cuerpo o de las enfermedades de tu cuerpo, tal sufrimiento es de tu mente.

Hay un tipo de sufrimiento que no puede retroceder frente al avance de la ciencia ni frente al

avance de la justicia. Ese tipo de sufrimiento, que es estrictamente de tu mente, retrocede frente a la fe, frente a la alegría de vivir, frente al amor. Debes saber que este sufrimiento está siempre basado en la violencia que hay en tu propia conciencia. Sufres porque temes perder lo que tienes, o por lo que ya has perdido, o por lo que desesperas alcanzar. Sufres porque no tienes, o porque sientes temor en general... He ahí los grandes enemigos del hombre: el temor a la enfermedad, el temor a la pobreza, el temor a la muerte, el temor a la soledad. Todos estos son sufrimientos propios de tu mente; todos ellos delatan la violencia interna, la violencia que hay en tu mente. Fíjate que esa violencia siempre deriva del deseo. Cuanto más violento es un hombre, más groseros son sus deseos.

Quisiera proponerte una historia que sucedió hace mucho tiempo.

Existió un viajero que tuvo que hacer una larga travesía. Entonces, ató su animal a un carro y emprendió una larga marcha hacia un largo destino y con un límite fijo de tiempo. Al animal lo llamo Necesidad, al carro Deseo, a una rueda la llamó Placer y a la otra Dolor. Así pues, el viajero llevaba su carro a derecha e izquierda, pero siempre hacia su destino. Cuanto más velozmente andaba el carro, más rápidamente se movían las ruedas del Placer y el Dolor, conectadas como estaban por el mismo eje y transportando como estaban al carro del Deseo. Como el viaje era muy largo, nuestro viajero se aburría. Decidió entonces decorarlo, ornamentarlo con muchas bellezas, y así lo fue haciendo. Pero cuanto más embelleció el carro del Deseo más pesado se hizo para la Necesidad. De tal manera

que en las curvas y en las cuestas empinadas, el pobre animal desfallecía no pudiendo arrastrar el carro del Deseo. En los caminos arenosos las ruedas del Placer y el Sufrimiento se incrustaban en el piso. Así, desesperó un día el viajero porque era muy largo el camino y estaba muy lejos su destino. Decidió meditar sobre el problema esa noche y, al hacerlo, escuchó el relincho de su viejo amigo. Comprendiendo el mensaje, a la mañana siguiente desbarató la ornamentación del carro, lo alivió de sus pesos y muy temprano llevó al trote a su animal avanzando hacia su destino. No obstante, había perdido un tiempo que ya era irrecuperable. A la noche siguiente volvió a meditar y comprendió, por un nuevo aviso de su amigo, que tenía ahora que acometer una tarea doblemente difícil, porque significaba su desprendimiento. Muy de madrugada sacrificó el carro del Deseo. Es cierto que al hacerlo perdió la rueda del Placer, pero con ella perdió también la rueda del Sufrimiento. Montó sobre el animal de la Necesidad, sobre sus lomos, y comenzó al galope por las verdes praderas hasta llegar a su destino.

Fíjate cómo el deseo puede arrinconarte. Hay deseos de distinta calidad. Hay deseos más groseros y hay deseos más elevados. ¡Eleva el deseo, supera el deseo, purifica el deseo!, que habrás seguramente de sacrificar con eso la rueda del placer pero también la rueda del sufrimiento.

La violencia en el hombre, movida por los deseos, no queda solamente como enfermedad en su conciencia, sino que actúa en el mundo de los otros hombres ejercitándose con el resto de la gente. No creas que hablo de violencia refiriéndome

solamente al hecho armado de la guerra, en donde unos hombres destrozan a otros hombres. Esa es una forma de violencia física. Hay una violencia económica: la violencia económica es aquella que te hace explotar a otro; la violencia económica se da cuando robas a otro, cuando ya no eres hermano del otro, sino que eres ave de rapiña para tu hermano. Hay, además, una violencia racial: ¿crees que no ejercitas la violencia cuando persigues a otro que es de una raza diferente a la tuya, crees que no ejerces violencia cuando lo difamas, por ser de una raza diferente a la tuya? Hay una violencia religiosa: ¿crees que no ejercitas la violencia cuando nos das trabajo, o cierras las puertas, o despidas a alguien, por no ser de tu misma religión? ¿Crees que no es violencia cercar a aquel que no comulga con tus principios por medio de la difamación; cercarlo en su familia, cercarlo entre su gente querida, porque no comulga con tu religión? Hay otras formas de violencia que son las impuestas por la moral filisteo. Tú quieres imponer tu forma de vida a otro, tú debes imponer tu vocación a otro... ¿Pero quién te ha dicho que eres un ejemplo que debe seguirse? ¿Quién te ha dicho que puedes imponer una forma de vida porque a ti te place? ¿Dónde está el molde y dónde está el tipo para que tú lo impongas? He aquí otra forma de violencia. Únicamente puedes acabar con la violencia en ti y en los demás y en el mundo que te rodea, por la fe interna y la meditación interna. No hay falsas puertas para acabar con la violencia. ¡Este mundo está por estallar y no hay forma de acabar con la violencia! ¡No busques falsas puertas!. No hay política que pueda solucionar este afán de violencia enloquecido. No hay partido

ni movimiento en el planeta que pueda acabar con la violencia. No hay falsas salidas para la violencia en el mundo... Me dicen que la gente joven en distintas latitudes está buscando falsas puertas para salir de la violencia y el sufrimiento interno. Busca la droga como solución. No busques falsas puertas para acabar con la violencia.

Hermano mío: cumple con mandatos simples, como son simples estas piedras y esta nieve y este sol que nos bendice. Lleva la paz en ti y llévala a los demás. Hermano mío: allá en la historia está el ser humano mostrando el rostro del sufrimiento, mira ese rostro del sufrimiento..., pero recuerda que es necesario seguir adelante y que es necesario aprender a reír y que es necesario aprender a amar.

A ti, hermano mío, arrojé esta esperanza, esta esperanza de alegría, esta esperanza de amor para que eleves tu corazón y eleves tu espíritu, y para que no olvides elevar tu cuerpo.

Silo. Arenga de la curación del sufrimiento.

4 de mayo de 1969

Una visita a los alrededores del Puente del Inca. Se formó por la erosión del río que atravesó la morrena de un glaciar. Los manantiales termales depositaron encima su material ferruginoso y sulfuroso y crearon una cubierta de colores naranja, amarillo y ocre, más marciano no puede ser. El puente está a 27 metros de altura sobre el río, y tiene 40 metros de largo por 28 de ancho. Por debajo de él están las fuentes termales, protegidas por unas pequeñas construcciones de piedra. Desde allí el agua desciende por una lisa pared de piedra hasta el río.

Un mercadillo situado en la explanada cercana exhibe todo tipo de objetos que después de una inmersión de pocas semanas en el agua quedan recubiertos de una capa de mineral anaranjada, como si estuvieran petrificados. Las cinco fuentes termales se llaman Venus, Marte, Saturno, Mercurio y Champagne. El agua que mana de ellas es rica en sales de todo tipo con propiedades curativas: alcalinas, arsenicales, bicarbonatadas, cálcicas y sulfurosas. En 1925 se construyó aquí un lujoso hotel balneario en el que se alojaban personajes atraídos por la fama del agua.

Cuenta la leyenda que el puente sirvió a los ejércitos incas para cruzar el río y continuar el camino hacia Chile. Un heredero del imperio Inca enfermo viajó desde Cuzco para sanarse con sus aguas. Después de un largo viaje de varios meses llegaron a aquel río, que no podían atravesar. Entonces, los hombres se abrazaron creando una cadena humana que hizo la función de puente para cruzarlo. Aquellos hombres quedaron petrificados, pero consiguieron que el Inca pasara al otro lado, se bañara en las aguas y sanara de su enfermedad.

Quedaban todavía alguna horas de sol y decidimos acercarnos a la laguna de los Horcones para ver desde allí el Aconcagua.

La entrada del Parque Provincial del Aconcagua dista tan solo un par de kilómetros desde allí y en seguida llegamos a la entrada del Parque, al que se accede desde la carretera por un desvío a la derecha. A pocos metros había una caseta donde algunos guardas vigilan el paso. Aparcamos los coches y nos adentramos por la senda que lleva por el valle de los Horcones. Unos carteles indican las distancias y las horas de camino hasta los distintos puntos de la travesía: Confluencia, Plaza de Mulas, Plaza Francia, etc.

Desde la carretera ya se ve el Aconcagua, pero a medida que nos adentramos por la senda la vista era más y más impresionante. La entrada del valle es ancha. Una alfombra de hierba verde se extiende a los lados del río. A los lados, dos grandes cadenas de montañas van cerrándose hacia el horizonte. Al fondo se levanta majestuoso el Centinela de Piedra. El escenario parece estar diseñado para resaltar la magnitud y la potencia de este gigante. La vista se dirige, como si fuera atraída por un imán, a su silueta, sin que ninguna de las montañas cercanas le haga sombra. Desde el punto en que estábamos, a 3000 metros de altura, la cumbre estaba todavía 4000 metros por encima. A casi 7000 metros. Una de las visiones más bellas nunca vistas.

La montaña lo domina todo en la región. Se divisa, imponente, desde algunas partes de Chile y desde el valle de Uspallata. Desde muy antiguo, las poblaciones que viven en el corredor de Mendoza a Santiago, dependen del agua que se acumula en sus glaciares y laderas. Cada año, en el verano, el deshielo hace crecer los ríos y permite la agricultura de regadío en una tierra árida y sedienta. Los agricultores viven mirando la cordillera. Si el año trajo precipitaciones y las cumbres están nevadas, será un buen año, con agua abundante. Pero si hay sequía y el agua no llega a los valles, el año será malo y las cosechas ínfimas. El terreno se hará inhóspito y el desierto se adueñará de todo.

Cuentan los huarpes, los antiguos pobladores del valle, que en tiempos muy lejanos vivía en las cercanías de la montaña una raza de gigantes. También necesitaban de las aguas que el Aconcagua, al que llamaban Papa Cerro, atesora en sus laderas, porque su tierra era árida y el viento de la región, el Zonda, la castigaba sin piedad. Hartos de sufrir escasez, un día se rebelaron contra la montaña y excavaron un túnel para robar el agua y que llegara sin restricciones a sus tierras. Pero el cerro, que había estado dormido, se despertó enfurecido, contrajo sus piedras y liberó bruscamente el inmenso caudal acumulado en su cumbre. El valle se inundó y el agua arrasó todo a su paso, poblados y pobladores incluidos. Esto sigue sucediendo en la actualidad. Las furiosas crecidas de los ríos, los aludes de nieve y hielo, el desplome de los glaciares, se han llevado por delante las construcciones de los hombres en muchas ocasiones. Pasó en 1925, en el pueblo de las Cuevas y en el Puente del Inca, cuando desapareció el balneario termal. Aquel día, en medio de una tormenta de nieve que impedía el paso y dejó incomunicada la zona, se escuchó el bramido de las montañas. Una inmensa masa de hielo se desprendió del cerro Banderita Sur, sepultó el pueblo de las Cuevas y arrasó el hotel, del que sólo quedó una pequeña iglesia. Cuando pudo llegar la expedición de rescate encontraron que el hotel, con sus huéspedes incluidos, ya no estaba allí.

El agua es una de las clave del poder de la montaña, pero no la única. Los incas reconocieron en el Aconcagua atributos divinos. Lo consideraban una huaca, lugar sagrado donde habita un apu o señor, que dominaba un amplio territorio. El apu es la montaña, un ser viviente para los incas. Muchas cumbres de Argentina, Chile y Perú eran lugares de culto para los incas y los pueblos preincaicos, especialmente si la montaña acumulaba glaciares y reservas de agua. A mayor acumulación de hielo y nieve más importante era el apu y la región que dominaba era mayor. Los incas levantaron pequeñas construcciones de

pirca en cumbres de cinco o seis mil metros, como el Plomo o el Mercedario, cercanos al Aconcagua, donde realizaban ceremonias y ofrendas al apu. En el Aconcagua se descubrió en 1982 una de estas construcciones de pirca, a 5300 metros de altura, en la base de un contrafuerte conocido actualmente como Pirámide. Dentro de la pirca, estaba la momia de un niño ofrecido como un tipo de sacrificio, que los incas llamaban coricancha.

Aquella tarde los glaciares de la montaña resplandecían reflejando la luz solar, y la montaña nos invitaba amablemente a acercarnos. Nos adentramos sin miedo en la senda que lleva a la laguna de los Horcones. El río Horcones, de aguas cristalinas, descendía por el valle con un alegre y estruendoso rugido en multitud de saltos y rápidos. Después de una pequeña



subida divisamos la laguna. Está rodeada de una pradera a la izquierda del valle. Desde un pequeño mirador en lo alto de un promontorio contemplamos el color turquesa de sus aguas. Algunos empezaron a dar voces y a cantar mientras otros se quedaron quietos contemplando extáticamente el paisaje. No sé si sería por la falta de oxígeno, o por algún tipo de reacción a la contemplación de tanta belleza.

Sentados en unas piedras a pocos metros de la laguna, alguien, más conocedor de aquellos parajes comenzó a relatar la leyenda de la laguna. —Se formó por las lágrimas de una india. Las lágrimas conmovieron al centinela de piedra, que era un poderoso guerrero que dormía congelado y deshelaron su corazón y el gigante despertó. Algún día alguien volverá a conmovier al centinela de piedra, se despertará, tensará su arco y disparará una flecha que hará retumbar los cimientos del mundo. Entonces, el narrador hizo el gesto de tensar un imaginario arco y se escuchó un lejano eco, un bramido, que parecía venir desde muy lejos. Quizás un anticipo del sonido que un día resonará en este lugar.

Gigantes dormidos, poderosos dioses que un día despertarán. La montaña también es, como el monolito, un espacio sagrado que une el cielo y la tierra, capaz de emitir una señal y a acercar a los seres humanos a regiones inexploradas de su paisaje interno. Así lo reconocieron los huarpes y los incas y así lo ven también gentes diversas que procedentes de todo el mundo que empiezan a peregrinar a aquellos lugares, que relevan ya al Himalaya como centro de irradiación espiritual.

Cuando empezó a oscurecer se produjo un brusco descenso de temperatura y nos dimos la vuelta para regresar al albergue. Después de cenar, en la noche cerrada, observamos las estrellas y la constelación de la Cruz del Sur, que era la entrada a la morada de los dioses para los incas.

La columna de gendarmes llegó al emplazamiento de la ermita a mediodía. El sargento al mando del destacamento de 20 hombres y cinco mulas había recibido la orden el día anterior de hacer desaparecer del mapa la pequeña casita donde se había retirado Silo. La columna había tardado poco en llegar allí desde su cuartel en Punta de Vacas. El sargento había presenciado el acto que Silo había realizado semanas antes en Punta de Vacas. Se extrañó al ver llegar hasta aquellos lejanos parajes periodistas de medios extranjeros y hasta cadenas de televisión norteamericanas para ver lo que decía aquel extraño hombre que se había instalado allí. No podía entender qué les había llevado hasta allí. Un tipo raro, este Silo, pero el mundo está lleno de gente rara, ¿qué tendrá éste que lo hace tan peligroso? No había hablado de tomar las armas para subvertir el orden establecido, ni tomaba drogas.

Pero aunque no pudiera entender el porqué tenían que derribar aquella casita, los superiores sí. Habían sido muy claros. No debía quedar piedra sobre piedra y había que dispersarlas, que no se pudiera reconstruir, que no quedara ninguna huella. Se trata de borrar de la memoria todo lo relacionado con aquel hombre y su obra.

No había llegado a ser sargento por entender los motivos de las órdenes de sus superiores ni era el momento de cambiar su trayectoria en la Gendarmería Nacional. Desmontó de su mula y se dirigió

a sus hombres alzando la voz. —Hemos llegado. Me desmontan esta casita y dispersan las piedras. Que no puedan reconstruirla de ninguna manera.

Inmediatamente los gendarmes se pusieron a la tarea. Con lentitud funcional y escaso entusiasmo se aplicaron a desmontar y transportar las pesadas piedras que formaban las paredes. Con fuertes cuerdas ataron las paredes de piedra y pusieron las mulas a estirar hasta que las paredes crujieron y se desmoronaron. Luego las movieron hasta que nada hiciera pensar que allí hubo una construcción. Y por último el sargento ordenó cargar en las mulas la plancha de zinc del techo los marcos de la ventana y la puerta

Los gendarmes no tenían manera de entender la orden. Si la casita era un refugio muy oportuno para los que fueran sorprendidos por alguna tormenta. ¿No tendrá nada mejor que mandar el sargento?

Da que pensar la destrucción de la ermita. Hay la intención de borrar las huellas de lo que aquí sucedió. Destruir la ermita y sus significados. Dispersar las piedras hasta que queden camufladas en el paisaje. Dos creencias contradictorias han operado en este suceso. Primero envían a aquel hombre a hablar a las piedras, por insensibles e inertes, y ahora se las considera inconvenientes testigos de información que hay que hacer desaparecer.

Si en la mentalidad arcaica las piedras, cuevas, montañas, árboles y animales, el sol y la luna, las estrellas, las fuentes, los ríos o las actividades humanas podían estar llenos de significados sagrados y «lo Sagrado» podía manifestarse en ellos, posteriormente con desarrollo de las religiones del libro y otros sistemas de pensamiento, se impusieron otras creencias sobre la materia, que quedó separada de lo sagrado. Pero aquellas primitivas aguardan en algún rincón de la memoria antigua y a veces aparecen sin que sepamos de dónde vienen.

Podemos observar este proceso en una de las más fiables fuentes históricas sobre la religión preislámica de los árabes. El Libro de los ídolos²², escrito por Ibn-al-Kalbi (d. AH 206 / 821-822). Es una compilación de los santuarios y dioses locales de Arabia, Yemen y Siria. El arraigo del culto a las piedras está descrito en varios pasajes de este libro. Varios de los ídolos que enumera y describe Ibn Kalbi eran piedras.²³

22 *The book of idols*. Hisham Ibn al Kalbi, translated with introduction and notes by Nabih Amin Faris, 1952 <http://answering-islam.org/Books/Al-Kalbi/>

23 «Allat estaba en al-Ta'if [2], y era más reciente que Manah. Era una roca cúbica...»
«El Malik [1] y el Milkan [2], los dos hijos de Kinanah [3], tenían en la costa de Juddah [4] [o en alguna parte] en esa región [5], un ídolo llamado Sa'd [6] . Era una roca larga».

Ibn Kalbi describe la peregrinación a la Meca y la circunvalación de la Kaaba, como costumbres fuertemente arraigadas en la religiosidad preislámica, «Los árabes también tenían piedras de reliquia [que obtuvieron de ruinas antiguas] y erigieron. Ellos solían circunvalarlos y ofrecer sacrificios delante de ellos. Estas piedras se llamaban baetyls (ansab), y la circunvalación de la misma se llamó circunferencia (dawar)».

Uno de los principales dogmas formulados por Mahoma consiste en que nada puede asociarse a Dios o Allah, por tanto todas las imágenes o ídolos que le representaran o encarnaran, los espíritus intermediarios ante él o por supuesto los otros dioses del politeísmo de la región, se convirtieron en enemigos del Islam.

La mayoría de santuarios fueron arrasados y las piedras dispersadas. El propio Mahoma al entrar victorioso en La Meca empieza este trabajo en la Kaaba.²⁴ Mahoma y los apóstoles del Islam hacen una intensa labor de degradación del culto a las piedras.²⁵

«Dhu-al-Khalasah pedazo tallado de cuarzo blanco con forma de corona sobre su cabeza».

«Los Quraysh también tenían varios ídolos en y alrededor de la Ka'bah. El más grande de ellos fue Hubal [58]. Era, como me dijeron, de ágata roja, en forma de un hombre con la mano derecha rota».

24 «Al entrar a Masyidul Haram, el Santo Profeta comenzó a demoler y a romper los ídolos. Habían trescientos sesenta ídolos fijados en las paredes y sobre el techo de la Kaaba. A cualquier ídolo al cual se acercaba el Profeta y al cual señalaba con su bastón diciendo: «La Verdad ha llegado y se ha desvanecido la falsedad: ciertamente que la falsedad está destinada a desvanecerse» (Corán, 17:81).

25 We came to Sa'd to improve our fortunes But Sa'd dissipated them.' We have nothing to do with Sa'd. Sa'd is nothing but a rock on a hare height. It cannot put one right or send one wrong. (Vinimos a Sa'd para mejorar nuestras fortunas, pero Sa'd nos arruinó. No tenemos nada que hacer con Sa'd. Solo es una piedra... The Life of Muhammad. Traducción de Isaq Sirat Rasul Allah. Karachi : Oxford University Press, 1955.

*Ninguna piedra había demostrado su poder y su propia destrucción era la prueba de la falsedad de la idolatría practicada por los árabes.*²⁶

Aunque el culto de la Kaaba²⁷, el más arraigado en la Península Árabe, se mantuvo, adaptándolo al Islam. La circunvalación de este templo comenzaba en la famosa piedra negra, situada en una de las esquinas del templo. Según la tradición islámica la piedra, procedente del Edén bíblico, fue entregada a Abraham (Ibrahim para los árabes) por el arcángel Gabriel (Yibril) para culminar la

26 «Cuando Allat fue destruido y quemado hasta el suelo, Shaddid ibn-'Arid al-Jushami dijo que advirtió al Thaqif que no regresara a su adoración ni intentara vengar su destrucción:

No vengas a Allat, porque Dios la condenó a la destrucción;

¿Cómo puedes estar al lado de uno que no triunfa?

Ciertamente lo que, cuando se incendió, no resistió a las llamas,

Ni salvó sus piedras, es sin gloria y sin valor.

Por lo tanto, cuando el Apóstol en su lugar llegará

Y entonces se vaya, no quedará uno de sus devotos.

El Profeta fue enviado a los árabes, adoradores de ídolos, que adoraban literalmente cientos de ídolos y dioses falsos. Se dice que en la Sagrada Kaaba los árabes paganos habían colocado 360 ídolos, uno para adorar por cada día del año. Pero por la gracia y la ayuda divina de Alá el Altísimo, el Profeta Muhammad (la paz sea con él) tuvo éxito en su misión y puso fin a la idolatría en Arabia. Todos y cada uno de los cultos a los ídolos fueron finalizados, los ídolos rotos y sus templos y santuarios arrasados hasta el suelo». *The book of idols*. Hisham Ibn al Kalbi, translated with introduction and notes by Nabih Amin Faris, 1952 <http://answering-islam.org/Books/Al-Kalbi/>

27 La Kaaba era un santuario preislámico al que peregrinaban los árabes siglos antes de Mahoma. Varias de los rituales del Islam, como la de circunvalar el templo, besar o tocar la piedra negra o arrojar piedras a los pilares que representan a Satanás eran ya practicadas ancestralmente. La Kaaba era para los musulmanes el lugar de Ismail, el padre de los árabes, y de Abraham, e incluso remontaban su construcción a los tiempos de Adán y Eva. Kaaba significa cubo en árabe, y es el punto a donde se dirige la oración de todos los musulmanes, y a donde peregrinan al menos una vez. La Kaaba cumple una importante función cohesora de la comunidad islámica, pero no es objeto de adoración por la propia esencia de esta creencia, que establece que solo Allah puede ser adorado y nada se puede asociar con él.

construcción del templo. Pero Mahoma tuvo buen cuidado de dejar claro lo que era para él esa piedra: Mahoma la besó y dijo: No me olvido que eres una piedra y no puedes hacerme ni bien ni mal.

En la región del Cercano Oriente que venimos siguiendo, la reforma del Deuteronomio, prohíbe manifiestamente el culto a los massebah.²⁸ En este texto se encuentran muchas alusiones a que el pueblo judío debía eliminar todos los cultos que no eran «puros» y especialmente el de Asera,²⁹ o Astarté, la diosa de Medio Oriente, muy arraigado entre los cananeos o fenicios y que solía asociarse con un betilo.



Templo de los obeliscos en Biblos.

-
- 28 «No levantarás piedras rituales, lo cual aborrece el Señor tu Dios». Deuteronomio 16:22.
- 29 «Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar». Deuteronomio 16:21-22 Biblia Reina Valera Actualizada (RVA-2015).

Las reformas del Deuteronomio y de los profetas Josías y Ezequías no pudieron acabar con el culto a los betilos, pero este decayó definitivamente cuando el pueblo de Israel regresó del exilio en Babilonia y con el nacimiento de la religión judía.

De otra manera se procedió en Europa Occidental con los menhires y dólmenes, que mantuvieron su prestigio durante siglos a pesar de la cristianización. En muchos casos se edificaron iglesias encima de los lugares sagrados, como ya había sucedido con los romanos que edificaron sus templos encima de los iberos y así sucesivamente. El origen de vírgenes como la del Pilar se sitúa en cultos precristianos, y en este caso se puede rastrear hasta en el nombre. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en Cangas de Onís. Sobre un dolmen del tercer milenio³⁰ el rey Favila construyó el año de 737 la Iglesia de la Santa Cruz para guardar la cruz de roble que Pelayo portaba en la Batalla de Covadonga. La naciente monarquía astur, precursora de la castellana-leonesa y posteriormente española, quiso legitimarse levantándose encima de aquel dolmen milenario al que seguramente los astures consideraban símbolo de poder, transfiriendo su carga simbólica a su dinastía y a la religión católica.



El dolmen, visto desde el interior de la Iglesia de la Santa Cruz.

30 El dolmen de la capilla de la Santa Cruz (Asturias). Ricardo Vega del Sella (Duque de Estrada y Martínez de Morentín, Conde de la Vega del Sella.) Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1919.

El primer día de construcción

El día amaneció despejado. A las 8 desayunamos y enseguida nos preparamos para salir. Nos embadurnamos con cremas protectoras, tomamos las herramientas que habíamos comprado en Mendoza, y embutidos en lo que intentaban ser unas ropas de trabajo salimos de la hostería. Destacaba en el atuendo una variada colección de sombreros para protegernos del sol, desde los espectaculares sombreros de gaucho a las modestas gorras de visera. Formábamos una pintoresca cuadrilla. Se sentía el buen humor y un radiante optimismo en las caras. No teníamos ni idea de la tarea que teníamos que hacer, pero estábamos seguros que lo haríamos bien. Que digo bien, lo haríamos espectacularmente bien. Éste era nuestro estado de ánimo cuando tomamos nuestros vehículos y enfilamos el camino para el Parque Punta de Vacas.

Quince minutos después llegamos. Cerca de la caseta del guarda nos esperaban los arquitectos. Los trabajos de los obreros en la sala ya habían comenzado. cerca de ellos había un hombre quemado por el sol, de complexión fuerte, con camiseta y gorra. Al verle pensamos que era uno de los obreros, que estaba hablando con los arquitectos. Pero después de presentarse, nos aclaró que no trabajaba allí, y que estaba esperándonos para ayudarnos en la construcción. Se había enterado de que íbamos a ir allí y pensó que su ayuda nos vendría bien. No

pudo decirnos cómo se había enterado, alguien, no recordaba quién, se lo había dicho. Eso nos sorprendió. Hacía un par de días ni siquiera nosotros sabíamos que íbamos a estar allí en ese momento, ¿cómo podía haberlo sabido aquel hombre?

Se añadió al grupo silenciosamente, siguiendo aquella vieja máxima de que el que calla otorga. Tenía quemaduras en los brazos, el cuello y la cara, producidas por el sol, según nos contó, mientras subía por el Valle de los Horcones hasta Confluencia, el primer campamento base para la ascensión del Aconcagua.

La cuadrilla se puso en marcha hacia el emplazamiento de la ermita. Un arquitecto nos acompañó por el estrecho camino que rodea el Monte Sacro. Caminábamos en fila india por un terreno pedregoso y con poca vegetación, solo algunos matorrales que no levantan más allá de 20 centímetros del suelo. La senda discurre en paralelo a la vía del tren, unas decenas de metros por debajo. Más abajo aún, el río Cuevas y junto a él, un camino de tierra que lo cruza gracias a un puente cercano. A lo lejos se recortaba la cima del Tupungato.

Enseguida llegamos al emplazamiento de la ermita, cerca de un solitario árbol. Encontramos un rectángulo de unos dos metros de ancho y 3 de largo, que había sido excavado con una profundidad de 20 centímetros. El perímetro estaba marcado por una o dos hileras de piedras.

Dejamos nuestros pertrechos a la sombra del árbol y nos juntamos rodeando la construcción. Al lado del rectángulo había esparcidas piedras de distintos tipos, grandes y pequeñas, de distintos colores y texturas. Aquí era, sin duda, donde las piedras originales se mezclaron con otras, sin que hubiera manera de diferenciarlas.

El arquitecto nos hizo un par de aclaraciones: la construcción debía orientarse hacia el Tupungato, de manera que desde el ventanuco y la puerta se viera el volcán. Y la técnica constructiva debía ser la *pirca*, que consiste en calzar piedras

sin labrar uniéndolas sin utilizar ningún tipo de mortero o cemento. La misma técnica y la misma orientación de la ermita original. La pirca es muy típica de los Andes, desde la época de los incas e incluso anterior. Se utilizaba para caminos, almacenes, como base de edificios o muro de contención para terrenos agrícolas. Para las grandes edificaciones, los incas también calzaban las piedras sin mortero, pero tallaban los bloques. Se sigue utilizando en la cordillera hasta hoy.

El arquitecto quiso hacernos una demostración. Tomó dos piedras y buscó los lados que mejor se ajustaban para apoyar una con otra. Después de varios intentos concluyó que no encajaban. Finalmente recomendó no insistir demasiado con las piedras que no pudiéramos calzar, buscar otras y dejar para más adelante las que no encajaran. Después de recomendarnos que tuviéramos cuidado con el mal de altura y la exposición al sol, se despidió y se alejó por el caminito. Allí nos quedamos frente a nuestro proyecto, una cuadrilla pintoresca un tanto desorientada aún respecto al lugar y de la obra a realizar.

¿Por dónde empezar? Enseguida nos dimos cuenta de que necesitaríamos muchas más piedras. Advertimos que siguiendo el camino había una zona en la ladera donde había muchas piedras de distintos tamaños, seguramente provenientes de pequeños desprendimientos. Era cuestión de recoger todo ese material y organizamos una cadena humana para transportarlas. En poco tiempo las amontonamos en las cercanías del rectángulo, pero tampoco nos parecieron suficientes, sin duda harían falta muchas más. Nos dividimos para seguir buscando en otros lugares. Unos subieron por la ladera para hacer rodar hacia abajo las que encontraban mientras otros las recogían y llevaban hacia el emplazamiento. Otros tomaron las carretillas que nos habían dejado los obreros y marcharon a cargarlas con el material que pudieran encontrar siguiendo el camino. Otros pocos se quedaron estudiando cómo haríamos la base de la construcción.

Comprobamos que el suelo en que estaban apoyadas las piedras no era firme y que tal como estaban colocadas no se sujetaban bien y menos podrían por tanto, sujetar todo el peso de los muros que habría que levantar. Decidimos entonces quitarlas y cavar en la tierra hasta encontrar un suelo más firme. Desarmamos la hilera de piedras que delineaba el contorno, levantamos las piedras y las sacamos del rectángulo. Al levantar una de ellas topamos con un habitante del lugar que dormitaba debajo de una piedra, un escorpión. Ya nos habían advertido que éste era uno de los animalitos capaces de vivir en estos parajes, junto con guanacos, cóndores y resto de la fauna andina. Era de color gris y de tamaño reducido, quizás 6 o 7 centímetros de largo. No tan grande como los escorpiones de otras latitudes, pero tenía una cola con un aguijón perfectamente visible y los dos brazos que terminaban en unas formidables tenazas en proporción a su tamaño. Terminado el reconocimiento le transportamos con una pala para que buscara otro alojamiento a una distancia suficiente como para que no volviéramos a encontrarlo

Una vez dejamos limpio el terreno, empezamos a cavar para profundizar hasta encontrar un mejor asiento. El terreno no era muy duro, la tierra, de color grisáceo y muy fina, se dejaba penetrar fácilmente por los picos. En aquel espacio reducido no podían trabajar más de 3 o 4 personas, así que fuimos rotando para que siempre hubiera dos personas que cavaban, mientras otras dos sacaban la tierra a paladas.

Los mejor cualificados en temas constructivos habían determinado que cavando unos veinte centímetros sería suficiente para asentar las piedras, pero a esa profundidad el terreno seguía sin ofrecer ninguna solidez, y seguimos cavando y sacando tierra hasta una profundidad de 40 centímetros. Esto nos obligaba a reunir más piedras. Los muros tendrían mayor altitud de lo previsto, aunque una parte considerable estuviera enterrada.

El día era soleado y tranquilo. Mientras unos cavaban y otros seguían recogiendo piedras empezaron a aparecer algunos visitantes. Algunos querían contribuir a la tarea y poner alguna piedra, otros simplemente iban al Parque a visitar las obras y al enterarse de que estábamos allí se acercaban a saludar. Con ellos comentábamos el proyecto de la ermita. Alguno preguntó por nuestra experiencia en trabajos de ese tipo y de si aspirábamos a terminar el trabajo en tan solo tres días. Lo cierto es que todos habíamos dado por supuesto que sí. Estábamos allí era para hacer el trabajo, hasta el final, dejarlo a medias no entraba en nuestros planes, pero nadie nos había dicho si se esperaba que lo hiciéramos. Quizás en ese momento fue cuando resolvimos que terminaríamos el trabajo. Quizás incluso el hecho de que nos preguntaran por nuestra experiencia previa y atisbáramos que se ponía en duda nuestra capacidad de llevarlo adelante hizo que nuestra resolución creciera. Quizás estábamos, y no lo sabíamos entonces, ya un poco apunados y no teníamos criterio de *realidad*. Lo cierto es que decidimos que podríamos hacerlo, y que no habíamos levantado nunca unos muros de pirca, pero habíamos hecho otras cosas y no nos íbamos a asustar por unas cuantas hileras de piedras.

Coincidiendo con el diálogo con los visitantes empezó a soplar el viento. Era un viento desaforado y rabioso, una violentísima ráfaga que arrastraba tierra y polvo a tal velocidad que al chocar contra nuestra piel nos sentíamos agujijoneados como si nos picaran insectos furiosos. No podíamos mantenernos de cara a él y nos guarecimos detrás del arbolito, de alguna roca, o de cualquier obstáculo que nos protegiera, agachados y de espaldas al viento. No nos escuchábamos a causa del estruendo. No podíamos trabajar en esas condiciones. Después de cinco minutos la ráfaga cesó. Nos miramos asustados. El viento nos impediría trabajar si las ráfagas se repetían a menudo. Mientras, los visitantes decidieron dar por concluida la

visita y aprovecharon la calma para regresar presurosos por el camino de vuelta.

La mañana continuó con la misma tónica. Coincidían en llegar a la vez las ráfagas enfurecidas y los visitantes, que acababan huyendo en cuanto las ráfagas se calmaban. Por último, bajaron a visitarnos algunos de los obreros de la sala. Vinieron tres. Saludaron y se pararon a un par de metros del lugar que ya teníamos excavado. Contemplaron el panorama sin decir nada. Los rasgos de las caras mostraban claramente la herencia de los pueblos originarios. Uno de ellos se acercó al montón de piedras que habíamos acumulado. Tomó una de ellas y buscó en el montón alguna que encajara con ella. Tomaba una, la dejaba, miraba otra, paseaba su vista por todo el montón, sin prisa ni apuro. Fue haciendo pruebas hasta que consiguió el efecto que buscaba. Un encaje perfecto. Hasta ese momento no habíamos observado la cantidad de formas, caras, texturas, colores, que tiene cada piedra. El hombre las escudriñaba con el ojo experto de quien sabe las posibilidades que tiene cada una. Escuchamos y observamos atentamente sus explicaciones, y cuando terminaron se despidieron escuetamente y marcharon silenciosos. Agradecidos por la enseñanza de alguien que quizás representaba a una larga cadena de generaciones de constructores de pirca, nos sentimos entonces capaces de empezar a levantar los muros. Ya teníamos la firmeza necesaria en el suelo, y habíamos amontonado lo que en aquel momento pensamos que eran muchas piedras. Uno de nosotros, el más experto en construcción, delineó con cordeles las contornos exteriores e interiores de los muros, de unos 40 centímetros de anchura. En adelante sería el maestro de obra que dirigiría la cuadrilla.

Las piedras de la base debían ser muy pesadas y encajar fácilmente para poder asentar encima mucho peso. Localizamos en el montón una gran piedra blanca con un ángulo recto en la base y una superficie muy plana que apoyaba muy bien

en el suelo. Perfecta para una de las esquinas. Tuvimos que transportarla entre tres. La depositamos cuidadosamente entre los cordeles que señalizaban los muros, y la giramos hasta que ajustó perfectamente. ¡Un gran inicio! ¡La cosa marchaba bien! Nos lanzamos, un tanto eufóricos, a colocar piedras. Buscamos las piedras más grandes, que tuvieran algunas de sus caras muy planas. Cuando las encontrábamos las llevábamos a la construcción y las poníamos en el lugar donde mejor nos parecía que calzaba. Estábamos trabajando hasta ocho o nueve personas dentro del perímetro de la ermita y era inevitable que nos molestáramos unos a otros.

Pero descubrimos en este momento que habíamos recogido inútilmente una gran cantidad de cantos redondeados por la erosión del agua que no nos servirían para las paredes. Lástima, eran casi la mitad del total y muchas las habíamos acarreado desde bastante lejos en las carretillas. Algunas tenían al menos incluso una superficie plana y las habíamos colocado en la base. Pero no servían, se deslizaban al colocarlas unas encima otras y no se fijaban. Tuvimos que quitar las que habíamos puesto y desmontar el primer par de hileras que habíamos colocado. Quizás servirían para bordear los caminos y decorar los, pero no para levantar muros. Un pequeño inconveniente, producto de la falta de experiencia, pero no nos hizo dudar de nuestra capacidad. Seguíamos confiados y optimistas y como ya era más de mediodía fuimos a comer a un restaurante de carretera en el pueblo acompañados por los arquitectos de las obras. Mientras comíamos, conversamos sobre las anécdotas de las obras y de la relación que tenían con los curiosos vecinos del pueblo. Aquel establecimiento era propiedad de un hombre que se llamaba Carlitos Toconat, que había aprendido a hacer chocolate en la ermita con Silo, y luego había puesto el restaurante donde ofrecía sopas, carne y también chocolate. Y cerca de su establecimiento estaba ramoneando una mula importante en esta historia, la mula Ratón, ella era testigo de

todo lo que había pasado en aquel lugar desde 1969 hasta la actualidad, según los lugareños ella comprende todo pero no hace nada, solo medita, pero está siempre allí. Era la montura de otra figura importante de este lugar, el viejo Vergara. Pero hay varias cosas que son sorprendentes, si es una mula, ¿por qué se llama Ratón y no Ratona? Y después que murió el viejo Vergara y fue vendida y alejada del lugar, ¿cómo es que aparece por allí cuando hay eventos importantes? La mula siempre está allí y observa meditativamente. Ya es una mula vieja pero las mulas viven muchos años.

Después de la sobremesa, regresamos a nuestro lugar de trabajo. Dispuestos ante el perímetro charlamos sobre la necesidad de tener una mejor organización del trabajo. A todos nos gustaba quedarnos cerca de la ermita y participar de la colocación de las piedras, pero era evidente que nos entorpecíamos unos a otros. Era imposible que en tres metros cuadrados pudiéramos trabajar ocho personas y otras nueve estuvieran esperando afuera del perímetro la oportunidad para meterse adentro. La situación requería de una especialización de funciones y de hacer valer la figura organizadora del maestro de obras, capaz de mantener una visión de conjunto, priorizar los trabajos, no perder la perspectiva y con capacidad para hacerse escuchar. A cambio, claro, le haríamos caso en sus indicaciones.

Estaba claro quien tomaría ese rol. Enseguida dispuso el reparto de tareas. Unos pocos, cuatro o cinco para levantar las paredes, otros cinco o seis para traer más piedras con las carretillas. El resto para localizar nuevos yacimientos de piedras para los carretilleros, aprovisionarnos de agua o cualquier otro material que se necesitara. Es posible que muchos no quedarán conformes con el reparto de tareas y se sintieran un poco postergados o por el contrario otros fueron reconocidos en sus habilidades, pero todos nos dispusimos a cumplir la tarea asignada. Durante esa tarde, poco a poco, las piedras colocadas

formaron hileras, y las hileras se convertían en muros. El viento no volvió a soplar. Estábamos ya trabajando sin ninguna interrupción y plenamente concentrados.

La mayor dificultad estaba en que el sistema de cordeles que habíamos colocado complicaba la colocación. Exigía que las piedras encajaran y no sobresalieran ni hacía fuera ni hacia dentro. Necesitábamos mover una cantidad enorme de piedras hasta conseguir encontrar una que encajara en el lugar en el que queríamos ponerla. La tarea se parecía a ese juego de ordenador en el que el jugador va colocando bloques hasta formar líneas cerradas y compactas, pero en tres dimensiones y con la dificultad de que las piedras no eran bloques tan regulares como en el juego. Así y todo fuimos formando las hileras que comenzaron a subir con bastante rapidez. En la cara sur, la que da al Tupungato, dejamos el hueco donde encajaríamos la puerta.

En esos trabajos estábamos, cuando vimos acercarse por el camino de Uspallata una nube de polvo y unos pequeños puntos de color oscuro, que se movían hacia nosotros. Intentamos descifrar lo que serían, ¿serían mulas, ganado, arrieros? Cuando estuvieron cerca vimos que era un nutrido grupo de jinetes a caballo. Iban vestidos con uniformes militares antiguos y portaban banderas y pendones. Comprendimos entonces que era una marcha conmemorativa de la que hizo el General San Martín al frente del Ejército de los Andes, que debió pasar por allí para llegar desde Uspallata al Paso de las Cuevas.

Ellos hacían algo simbólico, recordaban algo que sucedió allí hace apenas un siglo. Nosotros también, reconstruíamos un símbolo de algo que sucedió también en aquel lugar, hace menos tiempo, en 1969. Cuando llegaron a nuestra altura y pudimos vernos las caras, nos saludamos con cierta complicidad. Ambos grupos estábamos allí por sucesos que sucedieron en aquellos lugares, tuvieron trascendencia y produjeron cambios que continúan operando.

¿Lo que ha sucedido en un lugar queda para siempre en la memoria del lugar? ¿Y dónde está esa memoria? ¿Por qué cuando la gente llega a un sitio cree captar una cierta atmósfera sobre hechos anteriores que transcurrieron allí?

Todavía San Martín recorre las quebradas para liberar Chile. Todavía los agricultores miran con respeto reverencial el Aconcagua y quizás elevan secretos pedidos para que haya abundantes nevadas. Y Silo continúa dirigiéndose a los que quieran escucharle en estos parajes inhóspitos. Acciones que no acaban, que desatan otras acciones que implican a personas que ni siquiera escucharon hablar de este lugar, pero han sido influidas por lo que aquí sucedió, sucede o sucederá. ¿Cuál será la influencia de esta apartada región en el mundo? Ortega y Gasset, en uno de sus viajes a Argentina, impresionado por el país, por el paisaje andino y también por las criollas, se anticipó unas décadas para profetizar que un día, lo verán sus nietos, se levantará en esta tierra un gigante, que al hablar será «el Ande mismo el que versifique». Coincide aquí el moderno filósofo español con la antigua leyenda de la laguna del Aconcagua.

Cuando empezó a caer el sol, cerca de las 6 de la tarde, dejamos el trabajo y regresamos a los coches. Contentos con lo que habíamos avanzado y convencidos de que la cosa estaba bien encaminada. Aunque habían surgido inconvenientes habíamos podido resolverlos bien. El cansancio se había notado en algunos momentos del día, y nos fuimos a descansar y a reponernos. Esa noche hacía mucho más frío que la anterior, o quizás era que los músculos necesitaban reposo, pero no nos dieron ganas de salir de la hostería.

Se escuchaba al viento aullar entre las quebradas y las cumbres como si fuera un ser vivo. Este viento, persistente y gélido, es habitual en las cercanías del Aconcagua. Produce una fuerte baja de la sensación térmica y es capaz de llevar a la congelación en unos pocos minutos. Debido a la aridez del

clima, el aire es sumamente seco y provoca la pérdida de grandes cantidades de líquido corporal. La falta de humedad hace que apenas posea inercia térmica. Al caer el sol en el horizonte y desaparecer la fuente de calor, el ambiente se enfría muy rápidamente. La amplitud térmica es extrema. En un mismo día temperaturas de más de 25° C dan paso a los -5° C en los valles bajos. A medida que se asciende a mayores altitudes aumenta esa amplitud. El viento en la noche llama a las puertas de las casas de los habitantes de los pequeños pueblitos.

¡Abre, abre, que soy el Carlanco, y montes y peñas arranco!

«Ahora destaquemos que la memoria no es un proceso privativo del homo sapiens, es algo totalmente generalizado que ocurre o que se da en todos los cuerpos del universo. Así como el hombre se transforma y se reproduce, lo mismo puede lograrse en las cosas; todos los sonidos, escenas radiaciones de energía en general, que impresionan por así decirlo a un objeto cualquiera (rocas, maderas, materia en general) quedan grabados en sus átomos. Recordamos en este sentido ciertas creencias elaboradas en un cuento de ciencia-ficción (tradiciones orientalistas) que hablan de los arcanos acásicos, como memoria de la naturaleza, acerca de la voz de las piedras, de que las cosas hablan. Pues bien nos interesa el rescate de los datos, de vibraciones de acontecimientos ocurridos en tiempos pasados y de alguna manera su densificación en el tiempo actual. Es decir en T1 en que sucedieron y fueron grabados por los objetos circundantes, reproducirlos en el T2 que nos interesa. La física actual ha logrado desintegrar la materia en energía. El próximo paso será densificar la energía en materia».³¹

31 Intenciones y pretensiones. Libro de plata, anónimo.

Silo fue invitado a Buenos Aires para que comunicara al pueblo sus experiencias. La ciudad comprendió desde el primer momento que su palabra sería impedida nuevamente. En efecto, las autoridades prohibieron el acto momentos antes de iniciarse.

Transcribimos a continuación el relato tragicómico de los acontecimientos hecho por un diario local.

«Como la reunión carecía de permiso oficial, a las 19 h entró a la plaza el primer pelotón de la comisaría 7ª, al mando de un oficial que ordenó a la concurrencia dispersarse. Eran todos jóvenes, más de un millar...

Ante la pasiva resistencia, la policía extremó las medidas para *limpiar* la plaza de gente y realizó las primeras detenciones...

Por pura coincidencia, en la esquina de Pueyrredón y Bartolomé Mitre, un grupo evangélico comenzó a tocar música sacra y a hablar por un micrófono.

Todos creyeron que era Silo y en medio de corridas rodearon al orador cristiano.

¡Nunca tanta gente ha venido a escuchar este mensaje de Cristo!, exclamó entusiasmado y sorprendido a la vez...

Pronto los *siloístas* corrieron hacia el extremo opuesto de la plaza, en otra maniobra de distracción contra la policía...

...llegaron carros de la Guardia de Infantería con cascos de acero y gases, y violentamente

corrieron a todos de la plaza, y hasta dieron bastonazos a gente que esperaba vehículos de transportes. Como los *silóistas* les arrojaban monedas y gritaban, los infantes decidieron terminar con todas las aglomeraciones y *arrasaron* con el mitin evangélico. Se rompió el micrófono y el tocadiscos. El pastor desde el suelo rogaba: ¡Sálvame, Dios mío! Mientras todo se fotografiaba y filmaba. El comisario pidió excusas pero otro pastor le contestó: ¡Dios sabe a quién debe juzgar...! Mientras tanto los *silóistas* voceaban repetidamente ¡Silo! y lanzaban volantes donde se leía: Silo es bueno... Y entonces explotó un paquete de poderosas bombas lacrimógenas haciendo llorar hasta a los policías».

La Razón, 1º de noviembre de 1969

Segundo día

Aquel día nos levantamos una hora antes. A las 7 de la mañana ya estábamos en el comedor, queríamos aprovechar al máximo las horas de sol y queríamos avanzar deprisa en el trabajo. Desayunamos rápidamente y nos montamos en nuestros vehículos. Pronto estuvimos en la *obra*. Cada uno a lo suyo, según habíamos repartido las tareas, unos a colocar piedras en las paredes, otros a acercarlas a los encargados de colocarlas, otros a buscarlas allá donde se encontraran.

Los requerimientos de material se habían hecho más concretos, ya no queríamos piedras de cualquier tamaño, no nos servían redondeadas, necesitábamos piedras con base plana, y si era posible de forma regular. Los viajes de los que buscaban piedras y las transportaban en las carretillas se hicieron más largos y agotadores, las piedras que transportaban más pesadas. El desgaste físico era mayor.

Cuando alguno de ellos llegaba a la ermita con su cargamento, los encargados de colocarlas miraban para ver si habían traído la que les hacía falta, la que encajaría con la necesidad del momento. A veces, cuando conseguían buen material, lo venían voceando antes de llegar al lugar, —¡traigo piedras cojonudas, las mejores piedras...!

Era duro llevar las carretillas cargadas para los músculos de los brazos, y también lo era transportar las piedras de un

lado a otro buscando su encaje. De vez en cuando teníamos que parar y echar un trago de agua o fumar un cigarrillo en la escasa sombra del arbolito. De dos en dos o de tres en tres porque la sombra no daba para más, y el sol, aunque no hacía calor, quemaba la piel.

Nadie vino a visitarnos esta jornada, ni paseantes, ni obreros, ni técnicos, ni cabalgatas conmemorativas. El trabajo absorbió completamente toda nuestra atención. No había otra cosa en el mundo. Todo el resto de nuestras actividades, de nuestros intereses, nuestras relaciones con otras personas estaban suspendidas. Como si una enorme campana mental y también física, dada por las imponentes montañas, nos aislara de todo lo que no fuera la construcción de la ermita. El universo entero estaba contenido en su totalidad en aquel espacio, y la humanidad se había reducido a los que componíamos la cuadrilla.

Las paredes de la ermita siguieron alzándose aquella mañana, primero rebasaron la altura del suelo, sobresaliendo de los 40 centímetros que habíamos excavado, y luego una hilera, dos, tres por encima del nivel del suelo. Las horas pasaban y el ritmo de trabajo era cada vez más fuerte y el empeño mayor. Nuestro colaborador se mostró extrañado de aquel ritmo de trabajo, algo no le cuadraba. ¿Cómo era posible que nosotros, recién llegados y sin estar acostumbrados a la altura, sin estar acostumbrados a un ejercicio físico, sin ser deportistas, pudiéramos trabajar de aquel modo? Tenía razón nuestro amigo, de lejos se veía que no frecuentábamos los gimnasios ni estábamos acostumbrados a unas tareas físicas tan exigentes. Pero había otros factores intangibles que operaban, la imagen a futuro, la sintonía de todos y la determinación se imponían sobre el cansancio.

Ese día no nos movimos del lugar a la hora de comer, no fuimos al restaurante del pueblo, necesitábamos aprovechar al máximo las horas del día. Nos sentamos alrededor del arbolito y comimos algunas provisiones que habíamos encargado en la hostería.

Por la tarde cambió el tono general de la obra, algo pasó. Aparentemente todo estaba igual, seguíamos con la misma división de tareas que nos habíamos dado al comienzo de la obra, unos colocaban las piedras, otros las seleccionaban y acercaban a la ermita, otros las buscaban y transportaban desde los alejados lugares donde se encontraban. Pero algo pesado flotaba en el ambiente. Desapareció la charla despreocupada entre nosotros. Las paredes no parecían tan sólidas y dejaron de subir al ritmo esperado. Las piedras que encontrábamos no se ajustaban a las expectativas. El progreso de los muros se había atascado. Con el paso del tiempo, el estado de ánimo fue empeorando. Lo que parecía una contrariedad, empezó a convertirse en preocupación. Pasaban las horas y continuábamos esforzándonos en silencio, pero todo parecía inútil. No conseguíamos que las paredes se levantaran con el ritmo anterior ¿Qué ocurría, por qué este cambio? Intentábamos concentrarnos en el trabajo y descartar la preocupación y los malos presagios. Pero se hizo evidente, después de muchos intentos, que algunos muros no podríamos subirlos más porque les faltaba consistencia y podrían derrumbarse. Las caras de todos lo expresaban aunque nadie exteriorizaba todavía los motivos. Nubarrones oscuros y densos iban formándose en nuestro interior.

Después de horas de inútiles intentos por seguir levantando el muro, la frustración se había apoderado de mí. Las piedras ya no encajaban, no había manera de encontrar buenos agarres entre ellas. Todo me parecía imposible. Alguien se me acercó y me sugirió algo que me pareció que era tan obvio que lo tomé como una desconsideración personal. El *consejo* me irritó. ¿Quién se había creído esa persona para aconsejarme a mí? ¡Qué fácil es dar consejos! Aniquilé a la atrevida con una mirada que la traspasó y se alejó rápidamente, sin atreverse a seguir hablando.

Pero fatalmente iba descubriendo los defectos del muro que había levantado, que empezaban en la primera hilera de piedras y se iban multiplicando en los siguientes niveles, hasta

llegar a amenazar con el derrumbe. Me aferraba con uñas y dientes a la idea de que quizás si encontraba las piedras adecuadas podría salvar lo hecho hasta el momento.

Uno de los carretilleros se colocó delante de uno de los muros. Lo miró muy fijamente. Se quedó parado allí unos minutos. Después empezó a hablar en voz muy alta, para que todos le escucháramos. «Este muro se va a caer en cualquier momento, está muy mal». Nadie le respondió y el silencio se hizo todavía más denso. Insistió: «Se va a caer». Las miradas que se cruzaron fueron afiladas como cuchillos. La tensión había crecido y en cualquier momento podía estallar.

En una parada para descansar y fumar un cigarrillo pasamos de las palabras a los hechos. El crítico empezó a desmontar por su cuenta las hileras de piedras del muro. Afortunadamente, la reacción del amigo que estaba al cargo de la pared fue serena, se apartó de la zona y se buscó otra tarea.

Pero la tensión ya nos había desbordado a todos. Las respuestas compulsivas delataban nuestra frustración. El que sugería algo era inmediatamente contestado por varios que se sentían ofendidos. Otro protestaba por sentirse injustamente tratado. Alguien se subió a la ladera y desde arriba, para que todos la escucháramos bien, se puso a despotricar sobre lo mal que se estaban haciendo las cosas. Los transportistas miraban malencarados a los que estaban poniendo las piedras cada vez que llegaban con su cargamento y se marchaban mascullando entre ellos. Otros daban soluciones que nadie escuchaba. Varios abandonaron las tareas asignadas decidiendo por su cuenta lo que era conveniente hacer. En donde el día anterior todo era optimismo y trabajo en equipo se abrió un catálogo de respuestas incoherentes e individualistas.

Cada uno se sentía aislado e incomprendido en su tarea, extraño al conjunto. La conexión que nos había unido había desaparecido. Ya no nos comunicábamos. Seguro que lo que experimentábamos todos era parecido, aunque cada uno lo

expresara a su manera. Pero aunque el proyecto era conjunto, la frustración parecía personal e intransferible.

Y lo peor era que el tiempo avanzaba muy rápido, parecía contraerse. Pasaban los segundos, minutos y horas, mientras el sol iba cayendo y las sombras de las montañas estrechaban un cerco de oscuridad sobre el Parque y sobre nuestras expectativas. Nuestras posibilidades disminuían proporcionalmente al paso del tiempo. Aquello se convirtió en un sin sentido. Acarrear piedras, intentar calzarlas sin encontrar el encaje que buscas, volver a quitar las piedras y buscar otras, acarrearlas de nuevo y tampoco conseguir que encajen. Agotábamos tiempo y energía sin avanzar

El jefe de obra intentaba reconducir la situación, pero ya nadie le hacía caso, ni con palabras amables ni elevando la voz. Harto de clamar en el desierto desistió y abandonó su rol. Se dedicó a la tarea de preparar los listones de madera para levantar la puerta sin querer saber del resto. Por fin, la sombra de las montañas nos alcanzó de pleno mientras seguíamos trabajando como pollos sin cabeza.

Al final de la tarde se terminó de montar la puerta. Todos paramos para observar aquel momento. La forma rectangular de la puerta, dibujada por los tres listones se recortaba en la penumbra y parecía presagiar algo bueno después de tanta penuria. Pero la dicha duró poco. Alguien señaló un detalle en el que no habíamos reparado. Un detalle importante. «¡La puerta no está bien ubicada!». Quedamos estupefactos, ¿por qué está mal? La puerta está mal colocada porque está al nivel del suelo de la ladera, pero no a nivel del suelo de la ermita, casi cuarenta centímetros por debajo del suelo. Eso significaba que habría que subir la ermita 40 centímetros más de altura, que era el desnivel entre el suelo excavado y el de la ladera. Aquello era imposible, no eran las dimensiones acordadas.

Había que desmontar la puerta y todas las hileras de piedras que se habían colocado trabajosamente durante todo el

día en aquel muro. Todo un día de trabajo perdido. Ya casi era de noche, se notaba el agotamiento en las caras. Los movimientos de todos eran lentos y pesados. Pero solo podíamos desmontar aquel muro, cavilando tristemente en lo difícil que es construir, por lo poco que habíamos levantado en casi dos días de trabajo y lo fácil que se desmontaba, en apenas unos minutos

Ya casi sin luz tres amigos presentaron la puerta en el lugar donde debía estar al nivel correcto. Pero no iba a ser tan sencillo, nada lo era aquel día. No quería encajar la puerta dichosa y de nuevo las piedras se rebelaban a dejarnos avanzar. El hueco era menor que la anchura de la puerta. Los amigos la presionaron con la poca energía que les quedaba, pero la puerta seguía sin entrar. Normal, normal, ¿cómo iba a encajar?, si todo salía mal, el desaliento instalado se adueñaba de todo. Pero uno de ellos agarró una maza, se alzó para colocarse estratégicamente en la vertical del ángulo de la puerta, apuntó con la maza desde arriba y asestó dos golpes secos y fortísimos en la parte superior del dintel. No se si salieron chispas, pero aquel fue un trueno que iluminó la densa oscuridad.

Ante nuestra admiración, la puerta se rindió y se clavó, dócil, en su sitio exacto entre las piedras. Aplaudimos emocionados. A pesar de todos los contratiempos, a pesar de que todo parecía haberse puesto en contra, aquel golpe de rebeldía ante la fatalidad nos devolvió la esperanza. No nos resignábamos ni tirábamos la toalla, pelearíamos hasta la última hora y el último minuto.

Era ya casi noche cerrada. Recogimos las herramientas y nos dirigimos a cenar y descansar a nuestro albergue, agotados y silenciosos... Caminamos a oscuras hasta el punto donde habíamos dejado los coches. Intentamos rebobinar lo sucedido para comprender que había pasado. El día había empezado con la sensación de que todo iría bien, que éramos capaces de levantar una ermita y una catedral gótica si hacía

falta, sintiéndonos como si fuéramos gigantes. Y poco a poco nos habíamos estrellado en las dificultades, haciéndonos pequeños, más pequeños, como enanitos. Un *tour* acelerado del triunfo al fracaso en una sola jornada.

En mi interior, la cabeza iba revisando y reconociendo los errores, la falta de comunicación, la obstinación, los problemas con la mirada de los otros. Pero con la misma exageración y falta de fundamento que el optimismo del día anterior. Estábamos agotados y al poco de llegar a la hostería y de cenar nos fuimos a dormir, con la esperanza que los sueños abrieran el camino que en la vigilia no habíamos encontrado.

Acostado en mi litera, mientras el sueño se abría paso, veía piedras de volúmenes y colores diferentes que volaban cerca de mí. Había que saber elegir las mejores, había que colocarlas en el lugar adecuado, buscar las que encajaban entre sí. Había que hacer las cosas bien. Quizás sea oportuno recordar que en aquellos parajes, cuando una persona hace las cosas bien, dicen de él que es un baqueano, alguien de quien aprender, un guía.

Cerca de la ermita vivía un arriero, muy conocido en la zona. Todos le conocían como el viejo Vergara. Era alto y delgado, de nariz aguileña y ojos oscuros. Su cara morena estaba surcada por arrugas causadas por el sol. De carácter reservado y de pocas palabras pero sentenciosas, de movimientos y ademanes pausados pero con una mirada viva y penetrante. Le gustaba vestir ponchos multicolores y sombreros gauchos.

A lomos de su mula había recorrido todos los senderos y valles de la zona. Transportando mercancías, guiando a los viajeros, rescatando a los montañeros que se extraviaban. Era la persona a la que todos acudían cuando había algún problema. Se hizo tan famoso que le llamaban el viejo de la montaña.

Un día que el viejo Vergara andaba buscando el rastro de un puma pasó cerca de la ermita, a lomos de su mula. Al ver a Silo le preguntó si había visto huellas de ese animal. Silo no las había visto, pero el viejo Vergara le invitó a visitarlo en su casa, en el pueblo. Esa noche Silo recorrió el camino desde la ermita al pueblito de Punta de Vacas y se acercó a la casa del viejo.

Al entrar en la casa se encontró con un animado grupo de personas que rodeaban al viejo Vergara. Estaban todos sentados en círculo en el suelo, que era de tierra. Los visitantes trazaban líneas en el piso con palos y colocaban distintos objetos cerca de las líneas. El viejo les escuchaba con atención,



mientras tranquilamente masticaba el charqui, que es como se llama a la carne desecada del guanaco.

Estuvieron varias horas dibujando rayas, colocando objetos y comiendo charqui. De vez en cuando el viejo Vergara corregía la colocación de los objetos y los movía de un sitio a otro, o borraba el trazado de una línea y dibujaba otra con su palo. Los visitantes eran topógrafos y guías de altura. Intentaban que el viejo les explicara cómo era la montaña. Ellos habían hecho sus mediciones y sus mapas y los dibujaban en el suelo de tierra de la casa, ayudándose con un palo y con los objetos que encontraban a mano para representar las montañas, los desfiladeros y los caminos. El viejo les escuchaba y movía los objetos a la posición que él sabía correcta. Muchas de las observaciones de los topógrafos no valían porque la montaña cambia, es dinámica, los glaciares se mueven, las laderas se derrumban, los caminos varían.

El viejo Vergara sabe esto porque vive en la montaña, recorre todos los caminos, sabe interpretarla, capta todas las variaciones. En su experiencia está el mejor mapa, donde se modifican y actualizan todos los cambios y todos los senderos. Por eso cuando los montañeros que se guían por los mapas se extravían, él sale en su rescate. Ha encontrado y salvado de las tormentas a muchos de ellos.

Su fama se ha hecho tan grande que algunas veces los montañeros perdidos en las cumbres le divisan en la tormenta, y le siguen hasta ponerse a salvo. Pero cuando otro día le encuentran e intentan agradecerle su ayuda, éste les responde que aquel día no había estado en el sitio donde ellos le habían visto. Y es que los que señalan el camino no lo hacen solamente con explicaciones sino con la experiencia viva. Esos son los mejores guías.

El tercer día

El sol no había salido cuando nos encontramos en el comedor del albergue para desayunar. Eran las seis de la mañana. Noche cerrada. Sólo vernos las caras, sabíamos de la resolución que se había gestado en el interior de todos. Había que aprovechar cada minuto del día para avanzar lo más posible. Sentados en las mesas apenas hablamos, no derrochamos ni un gramo de energía en divagar, solo se sentía una fuerte determinación. Es probable que cada uno hubiera revisado sus actitudes equivocadas y errores, y seguramente había la determinación de no repetirlos. Pero no había tiempo para hacer una exposición pública, ni nada por el estilo. Así que nos dimos prisa en terminar los cafés y en montarnos en los vehículos.

Al llegar al lugar de trabajo había ya una tenue luz. El jefe de obra dispuso nuevos equipos para trabajar. Básicamente las mismas funciones pero algunos cambiamos de tarea. Cuatro personas se ocuparían de colocar las piedras para levantar las paredes. Dos de ir a buscar material con el coche a sitios más alejados, ya que en los alrededores no quedaban piedras como las que necesitamos. Otros tres se ocuparían de acercar las piedras adecuadas a los que se ocupaban de colocarlas. Otro equipo se ocuparía de acarrear las piedras desde el lugar donde aparcaban los coches hasta el lugar de la construcción, utilizando para ello las carretillas. Por último, tres personas

estarían con la intendencia y logística, pendientes de abastecer agua o herramientas y de la comunicación entre los equipos. Eran las mismas funciones que el día anterior, pero algunos habíamos cambiado de función.

Cada cual se dispuso a hacer lo que le tocó y en cinco minutos nos dispersamos, cada uno concentrado en lo suyo. El sol salió por detrás de las montañas cuando empezamos a trabajar. El equipo que trabajaba en las paredes desmontó rápidamente todo lo que no estaba suficientemente sólido, en algunos muros casi hasta el nivel del suelo. Empezaron a levantarlos de nuevo desde abajo. Lentamente comenzó el ascenso. Esta vez alternamos grandes bloques de mucho volumen, que hacían que se levantara más deprisa, con piedras pequeñas, que se ajustaban apretándose en los huecos entre los bloques hasta llegar a una buena compactación. Los problemas de falta de solidez del día anterior no se repitieron. La experiencia, aunque fuera desastrosa en los resultados, había servido para aprender.

Durante la mañana, a medida que sentimos el avance en el trabajo y toda la energía se ocupaba en empujar el avance de la obra, fueron desapareciendo los miedos. Ya no había preocupación por llegar o no a terminar a tiempo la construcción. Solo nos ocupábamos de buscar una nueva piedra, de colocarla en el lugar más adecuado, de acarrear las que iban llegando, de que no se interrumpiera el trabajo conjunto, como una máquina bien engrasada en la que todos los engranajes encajaban perfectamente. Cada quien podía aplicarse en su tarea, sin interferir en la de los otros, y esta vez el reparto de ocupaciones se ajustaba mejor a las habilidades y virtudes de todos. El propósito común operaba como una copresencia muy potente que actuaba por su cuenta.

Los amigos que habían salido a buscar material con los coches localizaron varios lugares donde había piedras que se ajustaban bien a nuestras necesidades. Grandes, de base plana y con una cara lisa al menos. Eran lajas de un tamaño considerable

que se habían desgajado de grandes rocas, resquebrajadas por las diferencias térmicas y el agua. Esas piedras dieron un gran empuje a la construcción. Rápidamente las trasportábamos en las carretillas. Algunas eran tan pesadas que teníamos que moverlas entre tres y cuatro personas.

Las horas pasaron con rapidez pero en un plazo que nos pareció asombrosamente corto, las paredes llegaron a levantarse por encima del nivel que el día anterior habíamos alcanzado. Absortos con la tarea comimos frugalmente sin abandonar la obra.

Por la tarde, los arquitectos se acercaron para ver la marcha de las obras. Miraron los avances que habíamos conseguido y nos felicitaron y nos animaron diciendo que no importaba si la ermita no se concluía, que lo importante era sentar unas buenas bases y que en cualquier momento se podría terminar si no nos daba tiempo. Sin duda que su intención era quitar nos presión. Pero a nosotros cada vez nos importaba menos el resultado, el tiempo o las dificultades. El propósito que habíamos ido construyendo, cargando, alimentando, funcionaba y nos impulsaba sin necesidad de prestarle mucha atención, casi como un piloto automático

A menudo, alguno de los que llevaban las carretillas hacía en soledad el camino entre la ermita y el lugar donde descargaban las piedras de los coches. Por su lado, los amigos que traían las piedras en el coche no perdían el tiempo, en cuanto descargaban del maletero su cargamento volvían a los yacimientos y cuando llegábamos al aparcamiento no les veíamos, solo estaban allí los grandes bloques que habían transportado. Pero a pesar de que en muchas ocasiones no nos veíamos, la conexión se había restablecido. El ánimo estaba alto, y las fuerzas nos respondían, aunque en nuestras caras se veía la acumulación de esfuerzos. Manteniendo esta concentración sin esfuerzo psicológico, todas las tensiones se aflojaron. Y empezaron a pasar cosas curiosas.

Nuestro espontáneo ayudante hizo muchos viajes ese día empujando su carretilla y transportando los bloques más pesados. En uno de ellos apareció por la curva del camino con el rostro conmocionado. El hombre relató emocionado un encuentro extraordinario. Caminaba por la senda hacia el aparcamiento cuando se encontró de frente, a unos seis metros de distancia un puma. Sabíamos que en la cordillera y en esta zona en concreto viven pumas, pero es muy raro que se dejen ver. Ambos se quedaron paralizados, sorprendidos, observándose mutuamente. Unos segundos más tarde el puma dio por concluido el reconocimiento y se alejó rápidamente hacia el río y desapareció. ¿Estás seguro, no serán el cansancio y las ensoñaciones? Él está seguro, lo ha visto. Rápidamente algunos nos acercamos a esa zona. Por allí hay muchos matorrales y es fácil que un puma pudiera camuflarse. No lo vimos, pero visto o soñado, el puma se convirtió en otra copresencia que nos acompañaba aquella tarde. La posibilidad de encontrarnos con él añadía emoción al transporte y acarreo de las piedras.

Las paredes seguían subiendo y llegaban casi hasta la altura planificada. Si se miraba con detenimiento, se apreciaba que cada pared se había construido con distintas características. En una se habían aprovechado centenares de piedras pequeñas que se apilaban hasta hacerse compactas, en otra se habían usado enormes bloques, en otra se habían armonizado los tamaños y parecían piedras talladas de la misma dimensión.

Silo nos había indicado que la pared orientada al río debía tener un ventanuco desde el que se divisara el Tupungato. Ya era el momento de colocarlo. Habíamos recogido tres tablitas que teníamos preparadas para hacer de marco. Pero se necesitaba una piedra rectangular, muy fina, que sirviera para asentar las tablas y que cerrara el marco de la ventana por abajo. Todos nos emplazamos para hallar esa piedra única y particular. Más o menos en una hora la piedra apareció. Una amiga que se había internado por la ladera de una montaña

llegó corriendo, exaltada. La traía entre sus brazos agarrada como un tesoro. Una piedra rectangular y lisa, de unos cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho y dos centímetros de grosor, de color blanco hueso. Si la hubiéramos encargado a un maestro cantero no habría sido más apropiada para ser la base del ventanuco.

Pero lo gracioso era el relato de cómo apareció. Podríamos decir que la piedra se manifestó. Nuestra amiga está agitada y contenta, y desde que llegó insistía en relatar un extraño suceso: –Las piedras me han hablado– decía, –al pasar por su lado me llamaban por mi nombre, ¡ven, llévanos contigo, queremos estar en la ermita! –Entonces ella las recogía, las llevaba al coche y seguía su recorrido. Mientras caminaba y abría bien los ojos, aguzaba también el oído para escuchar los llamados de las piedras.

La colocación de la ventana supuso el inicio de la terminación de la construcción. Entramos adentro para comprobar si desde la ventana recién colocada se veía el Tupungato. Así era. A través de ella vimos la hermosa panorámica del valle por donde discurre el río Tupungato. A la izquierda, el chorro, que marca el lugar donde estuvo la ermita original. Al fondo, a la distancia, el volcán coronado de hielos y nieves perpetuas. Todo enmarcado, como si fuera una postal.

Dentro de la construcción, que contaba ya con el marco de la puerta y la ventana, se sentía el efecto de forma de la futura ermita. Faltaban el techo y los remates, pero era sencillo completar mentalmente esos detalles. Las paredes por dentro son lisas y compactas, no sobresalen ángulos o salientes de piedras. Eso las hace más amables y acogedoras. Se experimentaba una sensación de protección dentro de los muros, un lugar entrañable, cercano, querido. El espacio adentro es relativamente pequeño, adecuado para estar dos o tres personas sin agobios.

Se presentía el final. Ya no hacía falta más material y volvimos a reunirnos todos alrededor de la ermita. Tres amigos

construyeron una estructura de madera para asentar la plancha de zinc que sería el tejado. Las últimas piedras de las paredes aumentaron la excitación. En una pared, uno colocaba y ajustaba piedras con ritmo pausado pero incesante, como un mecánico que ensambla piezas. Enfrente, otros dos parecían pintar un cuadro con las últimas piedras, jugando con combinaciones de color y forma. En otra el ambiente era deportivo y se celebraba cada vez que se encaja una piedra con vítores y aplausos.

Y por fin las paredes se terminaron. Dispusimos sobre ellas la estructura de madera y nos reunimos todos alrededor de la ermita para asistir al momento culminante de la colocación del tejado.

Unos sentados en la ladera, otros de pie, todos expectantes y conmovidos, hasta incrédulos. Los rostros reflejaban el cansancio y las horas de trabajo de ese día, pero el ambiente era de euforia. Levantamos la plancha hasta el nivel de las paredes y la ajustamos suavemente sobre la estructura de madera. Ahí estaba la ermita. El trabajo ha terminado en el plazo previsto. Por tercer día, los vientos nos dejaron trabajar sin hacer acto de presencia. Era un momento de intensa alegría. Saltamos, gritamos, nos abrazamos y felicitamos.



El círculo se cierra

Mientras recordaba toda la aventura los coches avanzaban a gran velocidad por la carretera internacional. Era noche cerrada y no había ninguna iluminación. El paisaje quedaba oculto y solo veíamos el trozo de carretera que alcanzaban a iluminar los faros. Tampoco había tráfico a aquella hora de la noche. En un par de horas salimos del estrecho valle a la llanura donde se ubica Mendoza. Comenzaban a aparecer las luces que iluminaban los pueblos de la periferia de la ciudad. Serían cerca de las 11 de la noche cuando llegó al hotel el primer coche. Delante de la puerta nos esperaba Silo.

Nos saludó afectuoso y nos preguntó cómo había ido la obra. Le explicamos atropelladamente. Aunque no nos habíamos comunicado de ninguna manera con él, se notaba que había estado muy pendiente de los avances y dificultades de la construcción. Nos explica que había que buscar lajas de piedra para colocar en el tejado. Lajas delgadas, que no sobresalgan mucho ni fueran muy pesadas, pero que impidieran que el viento arrastrara el tejado. También que habría que recubrir la ermita de cal, no por motivos estéticos, sino para evitar que la habiten las vinchucas, un insecto muy habitual de los Andes que transmite peligrosas enfermedades y que busca hogar en las construcciones sin revoque.

Silo nos invitó a que lo acompañáramos, después de lavarnos y ponernos ropa limpia, a tomar un helado a la peatonal de Mendoza, muy cercana al hotel. Allí, en Mendoza, se disfrutaba de una cálida noche de verano austral, y muchos de sus habitantes se acercaban a disfrutar de ella en la calle peatonal, una zona de suelo enlosado, con abundantes árboles y zonas ajardinadas. Allí fuimos y nos sentamos en una de las terrazas que las heladerías y restaurantes habilitan allí.

Sentados alrededor de las mesas y mientras tomábamos el helado, hablamos de las anécdotas sucedidas durante los tres días: de las piedras que hablan, del puma, de los escorpiones, de la pirca. Hicimos un repaso entre risas que duró un buen rato. Luego Silo nos entregó un sobre. Eran los pasajes para nuestro viaje a Santiago al día siguiente. Allí tomaríamos el vuelo de regreso a Madrid. Se había ocupado de ir a la estación de autobuses, buscar la empresa de transportes y el horario que más nos convenía. Incluso había conseguido que los asientos estuvieran todos cercanos para que durante el viaje pudiéramos conversar entre nosotros fácilmente. Por último, nos informó de que amigos de Santiago nos esperarían en la terminal de autobuses y se ocuparían de buscarnos alojamiento allí. Todo el viaje lo había planificado cuidadosa y atentamente hasta los más pequeños detalles, con una consideración exquisita como anfitrión. Tal como había hecho en la planificación del Parque Punta de Vacas.

Pero sentíamos que se aproximaba el momento de la despedida y quedamos en silencio. Silo nos miró. Pasó su mirada por todo el grupo mientras asentía con la cabeza, acompasándola a sus pensamientos. Les estábamos esperando, «los intrépidos que vinieron del otro lado del océano», dijo lentamente.

El silencio se mantuvo. ¿Qué había querido decir con esas palabras para nosotros extrañas? Intentamos procesarlas para llegar al fondo de su significado pero no hubo tiempo.

Silo se levantó de su silla con un movimiento rápido y ágil. Se quedó erguido y su mirada nos recorrió a todos y cada uno.

Nosotros también nos levantamos como si estuviéramos impulsados por un mismo resorte. Quedamos de pie en círculo, mirándole expectantes.

Entonces Silo habló de nuevo, con voz clara y poderosa: –Paz, fuerza y alegría para todos. Le respondimos con una sola voz: –También para ti, paz, fuerza y alegría. Nuestras voces resonaron en la peatonal y acallaron por un instante el murmullo de docenas de conversaciones. Algunas cabezas, curiosas, se giraron para mirarnos. Silo sonrió de nuevo, saludó con la mano, se dio la vuelta y se alejó en la noche.

Quedamos allí parados, mirando cómo se alejaba por la peatonal de Mendoza. Sorprendidos y agradecidos. La aventura ha terminado, pero algunos significados se nos escapaban. Necesitábamos tiempo para procesarla y entender mejor la extraordinaria experiencia que habíamos vivido.

Al día siguiente viajamos a Santiago, donde nos esperaron y agasajaron nuestros amigos chilenos. Nos llevaron al Parque Manantiales. En la sala de aquel Parque concluimos nuestro viaje con una potente experiencia con la Fuerza. Regresamos a Madrid cargados de experiencia y renovados.

En mayo de 2007, pocos meses después de la reconstrucción de la ermita, el Parque Punta de Vacas se inauguró con unas Jornadas de Inspiración Espiritual. El tema de las Jornadas fue la reconciliación. Miles de personas de todos los continentes se reunieron allí durante tres días. Entre ellos había algunos de los que estuvieron en aquella mítica intervención de 1969. Esta fue la última vez que Silo habló en aquel lugar, adonde le mandaron a hablar a las piedras.

Los gendarmes esta vez solo estuvieron allí para facilitar el acceso al lugar de los que peregrinaron. Después de todo lo que han escuchado, las piedras que hay por allí deben ser las más sabias del mundo. Ya he visto a bastante gente recogerlas y guardarlas como el que lleva un tesoro.

La ermita sigue allí, humildemente alejada de las grandes construcciones, en una oculta ladera. Un lugar para tomar contacto con lo Profundo, para meditar sin apuro, en humilde búsqueda.

Ahora me doy cuenta de que en realidad, la ermita siempre estuvo allí. Nosotros solo ayudamos a que lo intangible se hiciera tangible, una vez más.

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Presentación..... | 7 |
| Punta de Vacas, enero de 2007 | 15 |
| El viaje | 23 |
| El Parque Punta de Vacas..... | 69 |
| El primer día de construcción | 117 |
| Segundo día..... | 133 |
| El tercer día..... | 145 |
| El círculo se cierra..... | 151 |

Parques de Estudio y Reflexión Toledo
www.parquetoledo.org

www.silo.net

